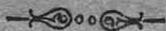




SUMARIO

Nuestro saludo y nuestro programa
 —¡Salud y pago adelantado.—Revista de la quincena.—Las niñas de Carnero.—Epitafio.—Lo que sí y lo que no.—Cartillas para domésticas.—¡Quen soupera esquirbir!—La lámpara encantada.—A D. Bonifacio.—El artículo-programa.—Letrilla.—Petos y Cruceros.—Unha corrida de touros?—El loro de doña Acacia.—Cantares.—Peripeccias de un Perito.—Epigrama.—El armamento escolar.—Agudezas y anécdotas. Pensamientos.—Charadas.



REVISTA
 QUINCENAL







REVISTA QUINCENAL

de costumbres, cuentos, agudezas, anécdotas y tipos gallegos—novelas homeopáticas y poesías festivas—ciencias y artes (desde el punto de vista cómico)—acertijos, cantos populares, charadas y geroglíficos.

PUBLICASE LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

AÑO I.—TOMO I.—NÚM. 1.º

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CARRETAS 5.

Santiago 15 de Enero de 1888.

DIRECTOR-PROPIETARIO

Enrique Labarta Pose.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Santiago.—1 peseta al mes.

Resto de la Península.—

3 pesetas y 50 céntimos trimestre.

Ultramar y extranjero.—

3 pesos fuertes semestre.

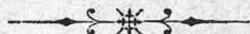
SUMARIO: *Nuestro saludo y nuestro programa.*—¡Sabid y pago adelantado! por D. E. Labarta.—*Revista de la quincena* por D. Arturo Penas Albeleg.—*Las niñas de Carnero*, por D. José Ojea.—*Epitafio*, por D. Francisco Añón.—*Lo que sí y lo que no*, por D. Remigio Caula.—*Cartillas para domésticas*, por D. Moisés G. Besada.—*¡Quen soupera esquirbir!* por D. Alfredo Brañas.—*La lámpara encantada*, por D. Marcial Valladares.—*A D. Bonifacio*, por D. Manuel Martínez y González.—*El artículo-programa*, por D. Aureliano J. Pereira.—*Letrilla*, por D. Salvador Golpe.—*Petos y Cruceros*, por D. Juan Neira Cancela.—*Unha corrida de touros?*, por D. Enrique Labarta Pose.—*El loro de doña Acacia*, por D. Moisés G. Besada.—*Cantares*, por D. Fortunato Rodríguez Arismendi.—*Peripecias de un Perito*, por D. Enrique Labarta.—*Epigrama*, por don Isidoro Casulleras.—*El Armamento escolar*, por D. Antonio de Neira Mosquera.—*Agudezas y anécdotas* por E. L. P.—*Pensamientos* por M. G. B.—*Charadas*.

ADVERTENCIA.

Rogamos á todos los que reciban este número y no quieran suscribirse, tengan al menos la galantería de devolverlo á la redacción.



Nuestro saludo y nuestro Programa.



Saludamos á nuestros compañeros en la prensa con consideración y afecto, á nuestros suscriptores con gratitud y cariño, y á los demás mortales... ¡por mera cortesía!

Publicaremos los trabajos humorísticos de los mejores escritores gallegos; no reiremos á mandíbula batiente sin que á nadie lastimen nuestras carcajadas; ridiculizaremos los defectos en general, sin penetrar en el terreno privado; recorreremos toda la escala de lo cómico, sin descender jamás á lo grotesco; y llevaremos á nuestros suscriptores, la alegría y el buen humor, considerando que para ver lástimas, no necesita nadie tomarse el trabajo de pagarlas.

Tales son nuestro saludo y nuestro programa.

¡SALUD.... Y PAGO ADELANTADO!

Poesía dedicada á los suscriptores.

Mil venturas os deseo,
Queridísimos lectores,
A todos, porque preveo
Que, por no darme á mi *un feo*..
¡Sereis al fin suscriptores!

¡Y aunque en ello haya egoismo,
Pido al cielo con unción
Que vivais más que yo mismol
(Pues si os rompeis el bautismo,
¿Quién paga la suscripción?)

Quiero, que el dinero sobre
Tambien al que se suscriba..
(Para que yo se lo cobre)
¡Y, ah, señores: el ser pobre
Es una gran *lavativa*!

¡Quiero, daros por entero
Pruebas mil, de afecto, agrado
Y cariño verdadero.

(¡Tanto quiero en fin... que quiero
Que pagueis adelantadol)

¡Pagar, si; *ecco il problema!*
¡La cosa no es tan sencillal
¡Pagar: ese es vuestro lema!
¡(Pues si *el cunquibus* no rema....
Abandono la barquilla!)

¡Pagar! palabra sublime
De consecuencias sin fin!
¡Ella, *todo lo redime!*
(¡Hasta á mi mismo me oprime
Y me hace hablar en latiul)

Sé que diréis: «¡No concibo
Poeta tan positivo!»
¡Más, señores, hoy en dia
Cuanta, cuanta poesía
Hay... *en cobrar un recibo!*

¡Estro, ardor... sombras ilusas!
¡Si hablar pudieran poetas
A solas y sin excusas,
Darían por dos pesetas...
La lira y las nueve musas!

Consejos para los buenos:
¡Qué el dinero es lo que talla,
De saberlo estamos llenos;
Aunque el que más y el que menos,
Lo siente, pero lo calla!

Y así es cosa asaz compleja
Mandarte *en crudo*, lector,
Que pagues *á toca teja!*..
¡Pues decirlo no me deja,
Cierto resto de pudor!

Y aunque la cosa es costosa,
Mirada por el reverso
Yo comprendo que esta cosa....
¡Hay que decírtela en verso,
Porque sienta mal en prosa!

¡Y aunque juzgueis que el cobrar
Es mi eterna pesadilla,
Vive Dios, no he de callar;
Que es necesario empezar
Por *cantaros la cartilla!*

¡Cuantas veces se evitara
Más de un triste contratiempo,
Si el mundo, aunque le costara,

La máxima se llevara
De decirlo todo, á tiempo!

Yo sé que hay algún avaro
A quien el precio le asusta,
Y esto le parece caro...
¡Y por eso á mi me gusta
Poner las cosas en claro!

Perdona lector, que diga
Verdades de este talante
Con más intención que miga...
¡Pero á decirlas me obliga
La fuerza del consonante!

Con que suscríbete y paga;
¡Porque el suscriptor *de gorra*
No es hombre, que es una plaga!
¡Y para que no deshaga
El cotarro, se le borra!

Paga pues, suscriptor mio,
Y en cambio, haré que tus penas
Se mueran todas de frio...
¡Que de amargura y hastío,
Ya están las historias llenas!

Suscríbete, paga, insiste,
Y si el dolor te contrista
Con *dos semestres* embiste;
¡Pues á todo el que esté triste,
Lo sanará mi Revista!

Y si en ella ves, lector,
Chistes á *salto de mata*,
Perdona... ¡Que á lo mejor,
Le sale á un buen cazador
El tiro por la culata!

Y aquí, de ti me despido:
¡Mi indiscrección además
Que me perdones te pido!
¡Todo fué broma, querido...
Ya se que me pagarás!

Quiera Dios, pues, concederte
Para el pago gran memoria!
¡Adios... tuyo hasta la muerte!
¡Salud dete el cielo y suerte,
Y aquí paz y despues gloria!

E. LABARTA.



¡Que compromiso!—Año nuevo—¡Ya somos tres!—El Home Santo—Momo en puerta—¡Que baile!—Noticia fresca—Una Sociedad de escritores y artistas—La alabarda—Tarde *piache*—Máscara: ¿me conoces?

¡En que lío me he metido!

¡Hacer la revista de la quincena,
yo que nunca sé lo que pasa ni lo
que sucede, porque soy enemigo de
meterme en vidas ajenas!

¡Yo, que recibo las noticias cuando
ya pasaron á la historia!

¡Yo, que tengo la maldita costum-
bre de ponerme el mundo por mon-

tera, y que tanto me dá que suba Pe-
dro como que suba Juan, porque
tengo la seguridad de que tan bueno
es Juan como Pedro!

¡Yo, que miro con estóica indife-
rencia eso que llaman *la marcha* de
la política, que es, por lo visto, una
señora que siempre está *de marcha* y
nunca acaba de marcharse!

¡Yo, que no me asombro ante nin-

gún acontecimiento, porque observo que siempre son los mismos, y que no pasan de una serie de repeticiones!

—Que se murió D. Fulano.

—¡No es ninguna novedad! ¡Tarde ó temprano tenia que morirse; pues no habia de ser él solo, una excepcion de la regla general, ni quedarse eternamente en el mundo para freir espárragos!

—Que D. Mengano no tiene sobre que caerse muerto

—¡Muchos padres se quejan de lo mismo!

—Que D. Citano fué llamado para formar ministerio.

—¡Todos los pícaros tienen suerte!

—¡Que á D. Mengano le tocó la loteria!

—¡Un rico más!

—Que en tal punto se efectuó un robo.

—¿Y qué? ¿No estaba ya previsto en el Código penal y en el séptimo mandamiento de la ley de Dios?

—Que este se casó, que el otro se pegó un tiro, que el de más allá quedó cesante.

—¿Y qué? Dejan de ser tres desgraciados, en distintas condiciones?

¡Ahora juzguen Vds. que noticias puede dar un hombre de mis circunstancias!

¡Cuanto más facil es comerse un pavo trufado, que escribir una revista de la quincena!

Sin embargo, cuando dos individuos se encuentran frente á frente sin saber que decirse, apelan al tiempo, para salir del apuro; y así yo, colocado en berlina ante el lector y al considerar que estamos en el Inverno, empezaré exclamando sin temor de equivocarme: «¡Hace un frio que ya, yá..! ¡Que invierno tan crudo!»

Si estuviéramos en el verano, di-

ria: «¡Que calor!» «¡Este verano es un volcan!»

*
* *

¡Lástima que no sea hoy el primer día de Enero, para hablar también de la entrada del año, felicitar á los lectores, y amenizar el acto con unos cuantos pensamientos filosóficos alusivos al caso, de esos que venimos oyendo, á manera de variantes sobre el mismo tema, desde que se inventó el calendario.

¡Pero ya pasó la oportunidad!

¡Ni ese recurso me queda!

¡Si! ¡Es ya demasiado tarde!

¡Y ahora veo por experiencia propia, cuan falsa es aquella máxima que dice: «Nunca es tarde para volver al buen camino.»

*
* *

Doy las mas expresivas gracias al Sr. D. Bernardo Barreiro de V. V. por haber reanudado la publicación de su interesante Revista titulada: *Galicia Diplomática*; pues con ese motivo me proporciona una noticia mas, para salir del apuro.

Tenemos pues en Santiago las siguientes Revistas: *Galicia Diplomática*, *Galicia Católica* y GALICIA HUMORÍSTICA, que poseén de común la mitad del título.

¡Quiera el cielo que jamás nos apliquen el conocido cantar: «Tres eran tres las hijas de Elena» etc!

*
* *

Ofrecí una vela á Sta. Rita si me daba material á fin de salir del paso, y algo quizás eso influya, para que vayan apareciendo noticias tan interesantes como la siguiente:

Dice *La Gaceta de Galicia* que el Secretario del Ayuntamiento de En-festa, está llevando á cabo activas gestiones encaminadas á conseguir para el Museo de la Sociedad Económica, la cruz del *Home Santo*, obra

artística del siglo XIV, que no ha muchos años, aún se hallaba en esta ciudad.

Pero, según nosotros hemos oído asegurar, parece que en algún Centro de Santiago, se ha recibido una nota ó lo que sea, según la cual, los *presuntos* propietarios actuales de dicha cruz, sólo la cederán con la condición de que se les ponga otra *nueva y enteramente igual* en el mismo sitio.

¡Lástima que esa idea no se le haya ocurrido á los propietarios, en el siglo XIV!

Pero señores; el que quiera y *pueda* hacer otra *nueva y enteramente igual* ¿qué necesidad tiene de cambiársela á Vds. por la *vieja*?

*
* *

¡El carnaval!

¡Hé aquí otro recurso de que aún no me habia hecho cargo!

¡Ya vuelve el Dios Momo con el mismo objeto de todos los años, ó sea á *tomarle el pelo* á la humanidad!

¡Si! ¡Ya se pueden dar bromas y pegar chascos, como el que de seguro se llevará todo el que esto lea, si se forgó la ilusión de que estaría más ameno y ocurrente!

¡Con algo se ha de estrenar el carnaval!

¡Y yo lo estreno..... diciendo tonterias!

*
* *

¡El que estos dias no baile en Santiago, es porque no quiere!

¡Bailes en el *Recreo Artístico*!

¡Bailes en el *Casino de Caballeros*!

¡Bailes en *La Amistad*!

¡Bailes en la *La Juventud Compostelana*!

¡Bailes en el *Teatro*!

¡Y bailes en todas partes!

¡Hasta estoy temiendo que al terminar esta exposición, algún lec-

tor me diga: *¡Ramplón! ¡Qué baile ese!*

*
* *

Hállase en esta ciudad la compañía ecuestre de los hermanos Ferroni.

Esta noticia ya es vieja.

¡Yo hago como los municipales cuando hay algún desorden!

¡Ellos siempre llegan al lugar del suceso cuando ya terminó la cuestión, y yo cuento las cosas, cuando ya todo el mundo las sabe!

Pero,... ¡vale más tarde que nunca!

*
* *

Hase fundado en Santiago una Sociedad de escritores y artistas, habiéndose elegido una comisión á fin de que entienda en la redacción de los estatutos, y con poderes suficientes para convocar á reunión general en el momento oportuno.

Lo que acabo de decir, *si non é vero é ben trovato*.

¡Esto es falso! ¡Pero como no sé noticias, tengo que discurrirlas!

¡Los escritores y artistas de Santiago debían formar dicha sociedad, aunque no fuese más que...por no dejarme á mi por embustero!

*
* *

El premio ofrecido por el Sr. don Eduardo Vincenti, para el certámen artístico que se celebrará por las fiestas del Apóstol, consiste en una alabarda-termómetro.

Felicito anticipadamente al agraciado que la lleve; y deseo que cuando los periódicos publiquen su laureado nombre, no cometan los cajistas una errata de imprenta al adjudicarle *la alabarda*.

*
* *

—¿Está ese original?

—¡Hombre, por Dios, si aun acabo de comenzar ahora!

—Dele un corte á la revista y acabe.

—¡Calma, que ahora voy!

¡Lectores, ya lo veis. Me estan apurando en la imprenta y tengo que terminar!

¡Y ahora, que empezaba á ocurrirseme un mundo de noticias!

* * *

¡Que cosa mas natural que el que haya leído esto, quiera saber ahora el nombre del que lo escribió!

Y sé de buena tinta, que alguno dirá:

—¿Quién será este bárbaro?

—¡Tocayo: no te lo digo; pues de esa manera le echarás la culpa por ahí, á algún infeliz escritor que cargará con ella *sin haber tenido arte ni parte*, que es lo más triste del caso! Pero... ¡estamos en carnaval y me pongo la careta!

¡El que lleve el mochuelo que se aguante!

Máscara: ¿me conoces?

Arturo Penas Albeieg.

LAS NIÑAS DE CARNERO.

ADVERTENCIA.

Novelita chiquitita con una advertencia y un prologuillo (hecho en casa), cual corresponde diminuto.

Encontreme cierto día, en medio de la calle con un sobre abierto. Contenía el sobre unas cuartillas ocupadas por rengloncitos apretados de letra muy compacta; eran unas novelitas, de las cuales lanzo hoy esta á la publicidad ó á la pública vergüenza. Como el sobre del hallazgo no contenía dirección ni el escrito firma ninguna, después de infructuosas diligencias en busca del padre ó madre ó herederos forzosos de estas criaturas huérfanas y abandonadas, no me creo obligado á pedir permiso á nadie para echarles el agua de socorro, mayormente siendo, en un cristiano, obra de caridad.—En casos del todo opuestos al presente caso, muchos hacen otro tanto sin tentarles caridad ninguna.

PROLOGUILLO.

«Nadie achaque á falta del más riguroso respeto á la verdad, lo que me propongo referir. Hay gentes de suyo maliciosas; las hay también que les duele la matadura y dicen muy pronto: eso es mentira. Pero si el lector de buena fé que á leer esto vá, (si vá) encuentra estas narraciones fuera de quicio, desde luego le diré (sin ánimo de causarle agrávio ni molestia en lo que por ser se tenga) que deber debe, haber caminado desde que nació, por caminos muy solitarios y estrechos con los ojos bajos y los oídos tapados siempre. Más si el defecto que aquí encontrare (y bien me lo dá el cuerpo que sí lo encontrará) fuere defecto de desgarbo y desmerecimiento, entónces ya no es cosa de echar el muerto á nadie; y en libertad y justicin está de achacarlo por todo á lo desmañado y pocas trazas del narrador; que ¡Dios se lo perdone por la falta de malicia! mucho se tiene reido al oír y ver las cosas que cuenta.»

LA NOVELA.

«Las niñas del Carnero son dos: nunca fueron más ni menos, con hacer tiempo que lo son.

Con ser dos, nada más, creen ellas—por que son muy crédulas—que los demás vecinos del lugar son como si no fueran; al decir: «las niñas del Carnero» todo se queda en profundas tinieblas, todo se disuelve como la sal en el agua hirviendo, todo se evapora, todo se aniquila...

Por manera que el poder maravilloso de tanta luz, resplandor y brillo, como es natural, las aísla al modo que el sol en el cielo.

Tengo observado que hay muchos que, al modo de estas apreciables niñas, llevan el sol y la luna dentro del cuerpo, sin sentir otra molestia que un poco de atontamiento por el efecto natural de tanto peso.—Y es la mísera condición humana tan perversa, que nos dolemos de un venerable asno que revienta con excesiva carga; y para estos otros, que revisten una forma igual á la nuestra, no tenemos pizca de compasión.

El padre de las niñas de Carnero no llevó siempre el mismo apellido: soportó el de Castrón en sus primeros años, que era el apellido legítimo: su futura esposa, (en estado de prometido), le indicó, con mucha cordura, que no sería decoroso, para él, llevar semejante mote aún cuando lo mereciese: encontró el novio atinada y además prudente la observación y, por lo que pudiera acontecer, más que por lo del decoro, confirmóse *Castrono*; la gente del campo acostumbrada al antiguo modo de conocerle, no pudo ó no quiso renunciar á la primitiva sonoridad del nombre, que acabado en *n* sonaba como la campana herida por el

badajo, y siguió llamándole como le llamaba: en este crítico apuro, sin renunciar á los cuernos del vicho, echó mano de otro animal armado y púsose Carnero.

Las simpáticas niñas de Carnero, son muy simpáticas. No pueden ménos de serlo, por que no han sido acusadas nunca de falsedad ante los tribunales ordinarios y dicen ellas mismas: «nosotras somos muy simpáticas.»

Estas niñas, por lo mucho que se han ilustrado en el curso de los tiempos, lamentan hoy que á su papá no se le hubiese ocurrido la feliz y noble idea de ponerse *Castroni*, porque así podrían decirse descendientes de alguna nobilísima casa de Italia; puesto que en aquel país—aseguran ellas—es costumbre llevar el nombre de animales acabados en i, como Leopardi, Leoni, Búfali; y, claro es, que papá, ya que de hecho es Castrón, podría ser, en lugar de Carnero que és, *Castroni*, sin detrimento de la principal condición.

Desgraciadamente este papá, que hace *arrienegos* á los envidiosos con parte de la cabeza de su apellido, sólo sabe sumar y guardarse el producto de las sumas: no entiende de letras, y las niñas son literatas.

Son las niñas de Carnero literatas muy apreciables. No se trata de dos marisabidas que mal leyeron dos ó tres docenas de noveluchos mal concebidos, peor engendrados y sin lavar y en cueros al público ofrecidos. Son literatas de veras. Comenzóles la afición con las lecturas que les daba cierto mozo muy pillo que las quiso engañar; y, desde entónces ya saben el nombre de algunos novelistas; y con tan buena base, ejercen la crítica literaria con éxito.

Verdad es que las niñas de Carnero son literatas de veras; y que en el dilatado campo de las bellas letras ejercen con éxito la crítica; y que no son más que dos, ni razonablemente pudieran ser más, por que siendo casi niñas (niñas lo son hoy), hace de esto muchísimos años, quedaron huérfanas de madre.—No se me oculta, con todo, que lo expresivo del apellido legítimo, de el que quisieran llevar las niñas y de el que por fin y rematé llevan, no es amigo de viudeces.

En fin: en casa no son más que dos, y son literatas.

Pero si bien son dos, dos nada más, por lo que les sobra de los desmesurados trapos, á modo de globo inchados encima de las formidables traseras (que mucho después de ellas atrás se quedan); por el natural desarrollo de los invasores vientres y por el desbordamiento temible de lo que (pródiga derrochadora) naturaleza puso encima de sus pechos (por el justillo erguido aquello, á fuerza de violentas ataduras, á manera de descomunal

cornisa, hasta tocar casi con la barba); por tanto digo, que si en verdad no pasan de dos, bulto hacen y lugar ocupan por diez ó por docena. Y si en buena cuenta se tuviera la cuenta que para si ellas se tienen echada, vanidad y aire sobrara para hacer de cien mujeres juiciosas otras tantas mentecatas rematadas.

No es decir, al decir de esta manera, que las niñas de Carnero sean ellas mentecatas: nada de eso. Las niñas de Carnero, además de ser literatas y además de ejercer la crítica literaria con éxito, son ellas lo que son, nunca fueron otra cosa, y de aquí ni los mismos cuernos de su ilustre apellido las arranca.—Pero que eso sí: tienen mucha firmeza en eso.

De ordinario no se lavan. No faltará quien las reputa, por esta costumbre, puercas y mal olientes. El que tal presuma no entiende de artes, ni sabe que usan agua de labanda y pacholí. Las gentes vulgares se echan agua á la cara diariamente, con lo que perjudican la tersura artística de la tez del rostro. «Nunca hemos leído ni oído que se laven las estatuas del Museo de Madrid: cuando más, se las quita el polvo,» dicen muy discretamente las niñas de Carnero. Sin embargo, en días de etiqueta, y en tiempos de frío, humedecen el rostro, nada más, con agua tibia; mientras dura el estío, con lo que sudan les basta: de este modo tan sencillo consiguen traer gorguera siempre.—También en esto tienen mucha firmeza.

Cuando llegada es la hora de acostarse, tienden las sábanas, que D. Quijote llamaría de Holanda, y los cobertores encima del lecho virginal: y el receptáculo que bajo la cama yace, cuando rebasa de harto y al suelo vierte lo que á su hartura sobra, le cojen amorosamente con las delicadas manos y por la ventana lo lanzan á la ventura de alguno que acierte á recibir la fortuna llovediza.—Algun favorecido tiene dicho, que se perdería poco con que las niñas fueran ménos firmes en prodigar estos dones torrenciales.

Dan posada y miran á los aposentados por encima del hombro, como quien dice: ¡No vayan ustedes á figurarse!... Por lo demás detestan lo de permitir que en su púdica vivienda pose nadie; que por *ignoble* y villano y hasta por cursilón cuentan tamaño *desavio*. «Cosas de papá»—repiten á menudo; quedando con el dicho purificadas de la mancha de *posadear* á los ojos de todo mentecato sensato.

No obstante, como no hay mal que por bien no venga, la vileza del aposentar advenidizos les proporciona ocasión de placticar, y por tan saludable medio, sólida y variada instrucción. Habiadas con lo de gala, segun los últimos tigeretazos de la moda, siempre corregidas por sus preciosos gustos é invenciones, pasan

el día y las noches instruyéndose, con las manos en los bolsillos.

En el uso doméstico emplean el gallego, lo mismo que las zapatillas deslomadas y el mandil de la cocina: cosas de casa. Mas para las cosas solemnes tienen el castellano híbrido con tonos políglotas á la mano, así como en el primer estante del armario. Hablar *en ceremonia* el habla del país fuera cosa de morir de un síncope, de un *síntoma* según ellas dicen.—Los tonos, maneras y acentos del lenguaje de gala, no arraigan bien en sus delicados lábios, de un principio y de siempre hechos al propio acénto; y de aquí el hibridismo ó políglotismo del modo de hablar en las ocasiones de menor confianza. Del último huésped repiten el tonillo por una temporada, y mientras no llega otro con palabras y acéntos que las cautiven más.

Los castellanos (especialmente los de Madrid, por que son de Madrid y cantan más) y sobre todos los andaluces, les alelan la cabeza y les mortifican el lábio y la garganta. Aquello de decir á la criada, gritando bien para que todos oigan: Muchacha: «à ver si había rápido y me tres ezo prontica, ¿lo haz vío?» es lo sumo del donaire.

Con los acéntos y tonos agenos cuidan mucho de retener, como pueden, frases y palabras que por nunca oídas las hechizan mas. Son estas siempre de esas que ocupan todos los vacíos de una conversación sin objeto, ó de una intiligencia torpe ó de una lengua sin flexibilidad, lugares comunes, muletillas, palabras que por temporadas toman carta de naturaleza en la boca de todo el mundo y todo el mundo las repite á cada momento cual si bostezara ó hiciera sonar los nudillos de los dedos. De este género y especie eran estas que habían oído últimamente: tabarda, le atracaron, trepeteza etc.

Van las niñas de Carnero de visita; lamentando en esta ocasión más que en otras, no ser las niñas de *Castroni*. Caminan más tiesas que un balaustre, agarrotadas por el eje, dando saltitos de cerbatillas, el excesivo color producido por la sangre congestionada en las mejillas, desimulado por espesa capa de polvo blanco cual si fueran de oficio molineras ó criadas de albañil, sin mirar á nadie, que no fuera esto digno cuando las plumas se erizan; y como no encuentren la persona á quien iban á honrar con su presencia, dicen á la criada de la casa; mujer de edad, vecina del lugar y de antiguo familiarizada con las niñas de Carnero.

—Diga uté á la ceñora que han etado laz niñas de Carnero.

—¡Las niñas!—repite la doméstica con natural sencillez de labriega inocente.—Que niñas?

—¡Puez nozotraz!

—¡Ustedes!—exclama la criada á la pata la llana.—Buenas niñas son ustedes! *seique* no las traje yo en el *colo* pasa de veinticinco años ¡Ustedes *seique* se quieren divertir conmigo. ¡Que señoritas estas!

—¡Que estúpida! Es una *birría* esta mujer; dicen á una las de Carnero bajando la escalera con estrépito de tacones y de faldas, al paso que murmuran entre despreciativas risas

—¡Que gentuza la de esta tierra tan estólica! Ni siquieran saben que en Madrid á unas señoritas como nosotras, les llaman niñas.

—Cá, mujer; si parecen indios de la *Cancasia*!

En el portal se miran la una á la otra por si hubo alguna avería en el velámen; y como no haya mayor novedad, caminan satisfechas de su aparejo y empaque, y dicen á media voz:

—Como nos dijo Tonin, vamos rozaguantes.

—¡Que bonito es ese piropo!

—Es que estos que estuvieron en Madrid hablan muy bien.

Van andando como los gigantes del Corpus-christi.

—Allí está Tonin: ya á decirnos algo artificioso.

—¿Donde tanto bueno?—les dice Tonin.

—Pues nada, una friolera, de topar con una insalubre Malaitones que nos atracó á la puerta de Remeditos y nos armó una trompetera y una alabarda que nos morimos de risa ¡Vaya una alabarda!

—Con que una alabarda, eh?—dice Tonin con sorna.

Se despiden.

—Chica, dice una á la otra: creo que no has dicho bien. Tonin dice aláar...albar...

Tienes razón: dice *alpabarda*.

Como padrino de esta criatura huérfana.

JOSE OJEA.

EPITAFIO. (*)

Esta losa sepulcral
Guarda á un médico afamado,
A quien la muerte ha matado...
¡Por librarse de un rival!

FRANCISCO AÑON.

(*) Esta poesía del célebre y malogrado Añon, es inédita; y nos la ha proporcionado un amigo, á la par que otras varias, también inéditas del mismo autor, las cuales reservamos para uno de los tomos de la *Biblioteca de GALICIA HUMORÍSTICA*.

LO QUE SÍ Y LO QUE NO.

Que á una jóven, siendo bella,
Le guste que se lo digan,
Y que los novios la sigan
Llamándola: «hermosa hurí»...

Eso sí;

Pero que, pérfida, á todos,
Por capricho pasajero,
Les jure un amor sincero
Que su pecho no sintió....

Eso no.

Que una niña casadera
Pida al Señor que le *salga*
Un amante, aunque ño valga
Este ni un maravió....

Eso sí;

Mas que, usando ciertas mañas,
Con el afan de buscarle,
Pretenda astuta robarle
A otra que ya lo encontró...

Eso nó.

Que un *Tenorio*, como hay muchos,
Haga á una doncella el *oso*,
La conquiste, y victorioso
Diga: «vine, ví y vencí»...

Eso sí;

Mas que un *hambro*n ande á caza
De una rica, sin que vea,
Ni si es vieja, ni si es fea;
Sinó el *blanco* á que apuntó...

Eso no.

Que una esposa á su marido
Cuide con celoso anhelo,
Cambiando para él en cielo
Este mundo baladí....

Eso sí;

Pero que perpétuas riñas
Le ofrezca, en vez de amor tierno,
Y convierta en un infierno
El cielo que prometió....

Eso no.

Que una madre por sus hijos
Con dulce cariño vele,
Y por ellos se desvele,
Como alguna que yo ví....

Eso sí;

Mas que, por no contrariarles,
Y por cumplirles sus gustos,
Ceda á caprichos injustos,
Como alguna que se yó....

Eso no.

Que á un actor que ser demuestra
Fiel intérprete del *Arte*,

Se aplauda en cualquiera parte,
Premiando el mérito así...

Eso sí;

Pero que otro adocenado
Libertades se consienta,
Destrozando por su cuenta
Lo que un ingenio escribió...

Eso no.

Que una vieja setentona
Se case con un chiquillo
Para llenarle el bolsillo
Y amarle...y... (sobra esta y),

Eso sí;

Mas que de dia y de noche
No se aparte de su lado,
Y lo tenga encadenado
Como á perro que rabió..

Eso no.

Que una dama, que es devota,
Haga muchas confesiones,
Comulgue, asista á sermones
Y oiga misa aquí y allí....

Eso sí;

Pero que en rata de iglesia
Se transforme, y en su casa
Nunca sepa lo que pasa,
Mientras tanta misa oyó.

Eso nó.

Que un varon piadoso y justo,
De la virtud siempre en pos,
Viva en el temor de Dios
Y eduque su prole así...

Eso sí;

Mas que un pícaro de á folio
Con darse golpes de pecho,
Quiera pasar por *derecho*,
Cuando *torcido* nació....

Eso no.

Que al autor de esta letrilla
Se tache, y, lo considero
Muy natural, de coplero,
Ramplon y falto de *esprit*...

Eso sí;

Pero que, por pensar algo,
Le venga á alguno á las mientes
Que estos versos inocentes
Con intención hilvanó...

Eso nó.

REMIGIO CAULA.



CARTILLAS PARA DOMÉSTICAS. (1)

TILIN, tilin, tilin, tin, tin, hizo la campanilla de la casa número tantos de la calle de tal, piso primero, cuarto segundo, y un cabo del cuerpo de orden publico entregó á la criada que abrió la puerta, un pliego impreso para el amo de la casa y que debía recoger dentro de una hora (el pliego; no el amo de la casa.)

Era este, un señor D. Sisebuto Quintin y Zapatero, empleado en Fomento, casado en terceras nupcias con D.^a Simona Aguamanil, hombre de buen natural, muy combatido por los sabañones y tan llano y blando en su trato, como duro de molera. De muchacho había demostrado grandes aficiones al arte de la cocina, aunque en mucho entraba también su grande y decidida afición á las cocineras. Sus padres se opusieron á tales entretenimientos del muchacho, y como por otra parte no tenía disposición para las ciencias, hubieron de dedicarle á la carrera de empleado, vínculo de los Zapateros desde tres ó cuatro generaciones, años atrás..... Y con seis mil reales de sueldo y seis mil sabañones de extraordinario por los dias de Navidad, vivía el buen señor en el número tantos de la calle de tal, piso primero, cuarto segundo, cuando su criada Restituta le entregó una *hoja declaratoria del servicio doméstico*, que tal era el documento impreso que trajera el agente de orden público.....

D. Sisebuto enteró á su mujer D.^a Simona del objeto y utilidad práctica que al servicio y seguridad de los cabezas de familia, reportaba aquella reglamentación.

Pero á D.^a Simona no le cabían tales ventajas en la cabeza y comenzó sus diatribas contra el gobierno y las autoridades.

—¡Curiosidades del alcalde—decía con voz semajante al choque de dos sartenes viejas—¿Que le importa á él sí la chica tiene muchos ó pocos años, vamos á ver?

(1) Del libro inédito próximo á publicarse bajo el título de *Cuentos y artículos extra-melancólicos*.

—¿Por qué ha de decir ahí la chica el pueblo en donde nació y hasta la edad en que la destetaron? ¡Vamos á ver, dime tú Sisebuto! Está bién eso? Dios me lo perdona—añadió dándose un golpecito en la boca—pero muchos tiene el diablo á su servicio en el ayuntamiento.....

D. Sisebuto procuraba convencer á su costilla de la injusticia de sus palabras. La chica no iba perdiendo nada ¡no señor!—decía D. Sisebuto—Y la chica como para dar la razón á su amo, se reía arrimada á la pared, con la cara más estúpida que viera D. Sisebuto en todos los dias de su vida pecadora.....

Pero la verdad era que había que cubrir la *hoja declaratoria del servicio doméstico*; y el buen señor puso manos á la obra, mientras D.^a Simona y la criada preparaban una papilla para las gallinas, y cogiendo el padrón fué llenando los blancos por su orden.....

Estatura.—Pchs. . estatura... es más baja que yo, pero más alta que mi mujer... Una cosita mediana.

Pelo.—Castaño oscuro.

Ojos.—Pasan ya de castaño oscuro.

Nariz.—Una cosita regular; ni tan grande que sea escandalosa, ni tan pequeña como una señora que vive en el piso de arriba.

Sexo.—(Sexo.... que diablos diré yo.) Sexo de mujer, á lo que parece...

Barba.—Barba ninguna. Al menos que yo sepa. No respondo de que se afeite, porque estas aldeanas son brabías como demonios.

Color.—No tiene ningún color político... De eso respondo yo.

Edad.—La ignoro. La chica no me la dijo y supongo que el pudor le impide confesarla.

Clase de servicio.—(Pues señor!... clase de servicio.) Bastante malo. La sopa siempre trae pelos y otras porquerías peores.

Estado.—Soltera; pero tuvo un chiquillo, inocentemente según ella dice, de un dependiente de una droguería.

Nombres y apellidos del sirviente.—Restituta Morcilla y Salchichón. Es un apellido que abre el apetito á cualquiera.

Dia en que entró en el servicio.—Tal

día como hoy. Fué un viénes precisamente, y me acuerdo porque esos días tengo la costumbre de afeitarme, y me trajo el agua caliente con garbanzos y habichuelas.

Como Vds. ven, D. Sisebuto cubrió el padrón con la mejor buena fé y sin omitir ningún detalle de cuantos pudieran contribuir al perfecto retrato de su doméstica.

—Pues señor, esto ya está corriente. Simona ¡ven acá!—gritó D. Sisebuto llamando á su costilla y leyéndole su obra—¿Qué te parece?—le dijo—Hombre que está muy bién; pero eso de ponerle que tuvo un chico..... que le importa al alcalde?

—Fíjate mujer; pregunta el padrón por el estado de la chica y ¡ya vé! nada más natural que decirle que estuvo en estado interesante.....

Tilin, tilin, tilin, tin, tin, volvió á decir la campanilla con aire sentimental, y Rēstituta entró anunciando que el agente de orden público quería recojer el padrón. D. Sisebuto salió á la escalera y previos los saludos de reglamento entre el cabo y el empleado en Fomento, entregó este al primero la *hoja declaratoria* etc.

—Está bién—dijo el cabo—pero quisiera saber algunas circunstancias para inscribir en el libro.

—Pues V. dirá.

—Que costumbres tiene la muchacha?

—Hombre, le diré. Es un poco súcia... no se muda las ropas más que tres veces al año..... acostumbra limpiar los vasos con el pañuelo de las narices y prueba las salsas con el dedo.....

—¡No es eso! quería saber que tales prendas.....

—Prendas. ¿De vestir? Hombre, mire usted: todos los años le regalamos un vestido por el santo de mi mujer.

—No nos entendemos señor..... yo quería saber ¡vamos! si es inmoral en su vida presente.

—Aquí en confianza—dijo D. Sisebuto bajando la voz—cuando entró en casa ¡me gustó la chica, si señor! quise acariciarla y me largó una manotada que todavía recuerdo con lágrimas. Después, como mi mujer es tan celosa, he tenido que renunciar á los planes de seducción.

De modo que en este asunto me declaro... ¡vamos!... que ni entro ni salgo... ¡está usted!... allá el buen criterio del señor alcalde.

—Está bién; y... es fiel?—preguntó el cabo disponiéndose á marchar mareado ya con la charla de D. Sisebuto.

—Pshc..... ¡hay de todo!... Si son cosas de comer no se contiene. Ayer se comió un S. Simón de caramelo que le regalaban á mi mujer.

—Bueno; pues... á las órdenes de V. y perdone tanta molestia.

—No hay de que. Adios; á los piés del señor alcalde y muchos besos á todos los municipales.....

Y D. Sisebuto no se volvió á ocupar del asunto en ocho días, al cabo de los cuales le impuso el señor alcalde una multa, como medida de corrección por sus bromas improcedentes al cubrir el padrón, obligándole á cubrirlo de nuevo.

¡Y él, que lo había hecho, así, á la buena de Dios y con la mejor intención del mundol.....

¡Pobre D. Sisebuto Quintin y Zapatero, habitante en la calle de tal, número tantos, piso primero, cuarto segundol

Aquella multa fué la última que pagó en este mundo, porque al día siguiente, entre la vergüenza que le produjo aquel castigo y un atracón que se dió de pepinos en conserva, falleció repentinamente en su casa de la calle de tal, número tantos, piso primero, cuarto segundo.

Moisés G. Besada.

¡QUEN SOUPERA ESQUIRBIRI!

(Dolora de D. Ramon Campoamor.)

* *

—¡Esquirbame unhas letras, Señor Cura,

—Xa sei para quen son.

—¿Sabe pr'a quén por qu' unha noite escura xuntos nos veu?—¡Pois non?

—¡Perdon!.. mais eu...—N' extraño ese tropezo á noite... y á ocasion...

Daime pruma é papel—Gracias. Empezo.

Meu quirido Ramon...

—¡Querido?—pero, en fin, xa ó habedes posto.
—Si non querés...—¡Si, si!..
—¡Que triste estou! ¿n' é certo?—¡Por suposto!
—¡Que triste estou sin tí!

—
Venme ó empezar un friaxe tan cativo...
—¿Como sabés meu mal?
—Para un vello unha nena sempre tivo
ó peito de cristal.

—
—¿Qu' é sin ti ó mundo?—Un valle d' amargura.
—¿E contigo?—Un eden...
—¡Faga as letras ben craras, señor cura
qu' o entenda eso ben!.,

—
—O bico aquel que de marchar á punto
che din—¿Como sabés?..
—Cando se vai, se ven é s' está xunto
sempre... no vos noxés.

—
Si tornar teu afeuto non precura
tanto hei padecer...
—¿Padecer nada mais? Non, señor Cura,
¡Que me vou á morrer!

—
—¡Morrer! ¿Non temes que Satan che leve?
—Pois morrer hei decir...
—Eu non poño morrer—¡Que home de neve!
¡Quen soupera esquirbir!

* * *

—Señor Reutor, Señor Reutor, xa vexo
non me pode valer,
Si n' os signos d' a man non vai anexo
todo ó ser d' o meu ser.
Esquirballe por Dios que á-y-alma chia,
y en mi non quere estar,
Que non m' afoga à pena cada dia
porque podó chorar.
Que os meus ollos, para él dous caraveles,
con tanto é tanto afán,
Como non teñen que se mire n' eles
pechados sempre están.
Que os meus beizos, xasmins d' o seu alento,
non se saben abrir;
Que perderon d' a risa ó movemento
á forza de sentir.
Qu' é de cantos martirios hei sofrido
á ausencia ó mais atrás;
Qu' é un sono sin fin d' o meu oido
os ecos d' a sua vós.
E que sendo por él, ¡miña legria!
¡gozo tanto en sufrir!
¡Dios miol! ¡Cantas cousas lle diría
si soupera esquirbir!

* * *

—Pois señor... fero amor. Copio é remato:
A D. Ramon... en fin,
Qu' é inútil saber para este trato
nin griego, nin latin.

traducción de
ALFREDO BRAÑAS.

LA LÁMPARA ENCANTADA.

CUENTO POPULAR.

Cruzaba un caballero muy de mañana las faldas de Pico-Sagro (1) y, viendo á un niño de diez á doce años tocando especie de flautilla al lado de varias ovejas que pacían entre las ericas de aquel extenso monte, floridas á la sazón y dando al mismo hermoso tinte color carmin, acercóse al pastorcito y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Enrique, para servir á V.

—¿Tienes pádres?

—Madre solamente, y muy pobre.

—¿No son tuyas esas ovejas?

—No señor; son de mi tío que nada más que un poco de pán me dá por traérselas aquí á pastar.

—¿Vive cerca tu madre?

—No lejos, ahí en San Lorenzo de la Granja. (2)

—Y es muy pobre, dices.

—Si señor, como que, á veces, sale conmigo á pedir limosna por esos mundos.

—Pues yo soy muy rico. Llévame á casa de tu madre, que quiero hablarle.

Y los dos se encaminaron hácia la Granja llevando el niño las ovejas. Al llegar á la casucha de su madre, llamóla Enrique en alta voz; salió ella á la puerta y dijo el caballero, despues de saludarla:

—Mujer, tu chico me gusta mucho No tengo hijos, ni herederos, soy rico y, si desde

(1) *Pico-Sagro*. Elevado estribo de la sierra del Amenal, conocido con el nombre de *monte ilicino* en remotas edades, *mons sacer* en tiempo de los romanos por el mucho oro, dicen, que criaba, y *Pico-Sagro* en la actualidad; pirámide de 2.138 piés sobre el nivel del mar, cruzada de galerías subterráneas, oculta habitación de antiguos moros, según las leyendas y tradiciones del país; pirámide donde gentiles celtas daban culto á infernal dragón, hasta que los discípulos del Apóstol Santiago, ó hijo del trueno, fueron al sitio, para bendecirlo y exterminar de él tan supersticioso culto; pirámide, en fin, llena de divertidas fábulas que muchos labradores creen todavía y se complacen en referir. Tiene la figura de un abanico desplegado y orla su hermosísimo paisaje el río Ulla.

(2) Parroquia situada en la falda oriental de *Pico-Sagro*, provincia de la Coruña.

ahora mismo quieres cedérmelo, labraré su fortuna y la tuya.

Cedióselo de buen grado la mujer. Entonces el caballero cogió de la mano al niño y, vuelto con él á *Pico-Sagro*, bebieron ambos en la fuentecilla que cerca del *Pico* existe, descansaron más arriba en la corte ó pasadizo (1) que forma este y ascendieron luego hasta pisar su cresta, desde la cual panorama encantador de mil deliciosos valles se ofreció á su vista, la ciudad de Compostela hácia el N. O. y, allá lejos al confín del horizonte, algo de la bellísima ría de Arosa.

Llamaba poco esto la atención del chico, sin duda porque contemplado lo habría muchas veces: notólo el caballero y, llevándolo á otro sitio inmediato, dijo al rapaz:

—¿Ves ahí un pozo? (2)

—Veo y por cierto que algunas piedras he tirado en él, para oír el ruido que hacían allá dentro.

—Baja, pues, á ese pozo; encontrarás una lámpara de cristal, una lámpara maravillosa; cójela con cuidado y tráemela aquí al momento.

—Bajó el muchacho y, echándose la lámpara á las espaldas, subióla con fatiga; pero al tenerla ya fuera del pozo, no vió allí al caballero que había dejado y si á su tío, el cual le dijo:

—Dame acá esa lámpara.

—¿Es V., por ventura, quien me mandó subirla?

—Dame acá esa lámpara.

—Que no la doy.

—O ahora mismo me la das, ó te arrojó de cabeza en ese pozo.

—Arrójeme V.

Y, al tratar de echarle mano, para arrojarlo, cayóse el niño contra la lámpara: habló esta entonces y preguntó al niño:

—¿Querías algo?

—Quiero que me quites á este hombre de delante.

Levantóse Enrique, apretó la lámpara y el hombre desapareció. La lámpara en seguida preguntó de nuevo:

—¿No quieres más?

—Quiero vianda, para comer, y bebida, para beber.

De repente una mesa, cubierta de manjares esquisitos y botellas con vinos los más sabrosos, se le presenta allí. Comió y bebió á su placer; luego desapareció la mesa con todo lo que en ella había y, retirándose

el jóven con la lámpara á casa de su madre dícele ésta, al verlo entrar:

—¿Te abandonó ya el caballero?

—No sé, solo si que llegamos á la cima de *Pico Sagro*, que allí me mandó recoger de un pozo esta lámpara y se ausentó.

—Viste á tu tío allá?

—Demasiado que lo ví: quiso de mi burlarse y hasta arrojarme en el pozo; pero bien me burlé yo de él, haciéndole desaparecer de ante mis ojos.

—¿Cómo?

—Á medio de la que me dá cuanto pido.

—¿De esa lámpara?

—Si.

—Calla, calla; no digas tonterías.

—Ahora lo va V. á ver.

Apretó entonces la lámpara y preguntó ésta.

—¿Qué pides?

—Comida y bebida para mi madre y para mi.

Presentóle con abundancia de cuanto podían apetecer y, hartado que se hubieron madre é hijo, vuelve este á apretar la lámpara y vuelve la misma á preguntar:

—¿Qué pides?

—Un crucifijo de oro y diamantes que en el mundo no tenga igual, ricos trajes para mi madre y para mi y un palacio en que habitar.

Todo en un instante le presentó, y madre é hijo, echándola de personajes, dánse á conocer como tales, reciben en sus salones, visitan y hacen regalos á diferentes señores de la comarca.

Un día entraron en el palacio de uno de estos señores y le regalaron el crucifijo de oro, del cual dijo el señor; «Vale más que cuanto yo tengo.» Y, agradeciendo el regalo, obsequiólos un mes en su morada, al cabo de cuyo tiempo, les habló así:

—Gusto tendríamos ahora mi esposa, mi hija Adela y yo en visitar á ustedes y admirar las preciosidades de su palacio.

—No veo inconveniente en ello y honor sería para nosotros, contestó el jóven.

Pero Enrique no contaba sino con lo que la lámpara le concedía y, deseando que su palacio nada envidiase, antes superára á los mejores del país, tornó con su madre al que tenían, apretó la lámpara y preguntó ésta.

—¿Qué pides?

—Un palacio mejor que el que me diste; un palacio con bosques de árboles hermosísimos, en que se oiga el pájaro de cantar y corra la fuente de dorar; jardines con flores de mil variados perfumes, estanques y surtidores de formas caprichosas; trajes ele-

(1) Corte, pasadizo, ó callejón de 61 y 112 pies de largo, por 7 de ancho en su parte más espaciosa.

(2) Pozo cegado hoy, á consecuencia de haberse caído en él hace ya muchos años una pastorcita.

gantísimos para mi madre y para mi; doncellas y pajes que nos sirvan; bajillas las más preciadas; viandas y bebidas que el hombre haya jamás gustado; cocineros de rango y bien apuestos; coches con soberbios tiros de caballos, lujosamente engalanados y dirigidos por manos delicadas.

—Mucho pides.....; pero ahí vá.

Y en menos de dos minutos madre é hijo, tenían cuanto el segundo deseaba.

Engreido más y más el joven con tanta maravilla escribió al señor, á quien habia regalado el crucifijo, viniese á pasar juntamente con las señoras, algunos días en su palacio. Quiso el señor complacerlo y una mañana acompañado de su esposa y Adela, su linda hija, presentóse en el palacio de Enrique. Admiró á los convidados este palacio; admiróles tambien el lujo de los jardines y, sobre todo, al recorrer las avenidas de los bosques, oír como el *pájaro de cantar*, despues de varios trinos y prelúdios, cantaba en una de las tiernas melodías del país las siguientes coplas:

«¿De que me sirve decir
Prenda mia, yo te amo,
Si otro la casa te ronda
Y el corazon tu le has dado?»

«¿De que me sirve pintar
Tu retrato en las paredes,
Si, para bien yo pintarlo,
No hallo en el mundo pinceles?»

«Si eres mujer generosa,
Yo soy un hombre tal cual
Y nada mas ambiciono
Sino el poderte igualar.»

«Adios, luna de la noche;
Adios, sol de mediodia;
Adios, clavel encarnado,
Prenda del alma querida.»

Enrique era quien, á medio de su lámpara, habia mandado cantar al pájaro las anteriores cuartetas; pero enamorado estaba de la señorita Adela y, no atreviéndose á declararle el mismo su amor, quiso que en su nombre lo verificara el pájaro; pero la señorita, que algo habia leído ya en el corazon del jóven durante el mes de estancia en el palacio de sus papás; la señorita, si bien no se explicaba el como de aquella especie de milagro, cayó al punto en la cuenta y preguntó al ave, luego que terminó las coplas:

—¿Dó es la prenda, á quien el cantor alude?

Enrique, al lado entonces de sus huéspedes, distante de su lámpara, no podia indi-

carla lo que el pájaro habia de contestar. El pájaro, sin embargo, contestó:

—En estos bosques está.

—¿La ves?

—Con ella hablo.

—¿Seré yó?

—La misma.

—¿Es rica la madre del galan?

—Real y medio tenia antes.

—Y hoy ¿qué tiene?

—Una pava y un pavito, una negra y un negrito, una potra y un potrito, una borrica y un borriquito, una cabra y un cabrito, una mona y un monito, una ternera y un ternerito.

—¿Nada más?

—Real y medio.

—¿Qué piensa hacer de ese caudal?

—Comprar una guitarra y un violin, para que tocándolos, baile la pava, baile el pavito, baile la negra, baile el negrito, baile la potra, baile el potrito, baile la borrica, baile el borriquito, baile la cabra, baile el cabrito, baile la mona, baile el monito y la ternera y el ternerito.

—Y si eso no hay, ¿qué tendrá?

—Real y medio.

Enrique, al escuchar las respuestas del pájaro, mordía los lábios y se desesperaba. Adela iba abriendo los ojos y persuadiéndose de que el doncel, lejos de igualarla, ó ser conveniencia para ella, estaba en realidad muy por debajo, y prudente habia andado en hacer que el pájaro y no el amante la declarara su atrevido pensamiento.

Mas, volviendo á los bosques, Enrique y su madre pasaron allí la mayor parte de la tarde al lado de Adela y sus papás, dieron vuelta luego por los jardines y, anochecido ya, cuando á la luz de mil bujías sorprendian en ellos á sus huéspedes con espléndido refresco, hé aquí que el tio del rapaz, ganoso de apropiarse la maravillosa lámpara de su sobrino y habiéndose proporcionado otra, de cristal tambien, para dejarle en cambio, entra furtivamente y á oscuras en el palacio, deslízase con su lámpara en el gabinete donde tenia Enrique la encantada, anda por la habitación á tientas, chocan entre sí las dos lámparas y rompen una y otra. El encanto cesa entonces de repente; desaparecen palacio, jardines, bosques, doncellas, pajes, cocineros, coches y caballos, cuanto, en fin, á la lámpara se habia pedido para dignamente recibir y obsequiar á Adela y sus papás. De modo que cada cual se encontró en su respectivo albergue; pero Enrique y su madre sin mas fortuna que el real y medio, confesado por el *pájaro de cantar*.

Por la recolección,
MARCIAL VALLADARES.

*
*
*

Eu teño un mal que nin Xuncras o entende:
á anacos eu rio-y-á anacos eu choro;
tan pronto contenta de risa me parto
coma se me-y-enchen de bágoas os ollos.
Hay dias que canto, e paseo, e barullo,
namentras que outros nin durmo, nin como.
As veces paresme qu' estóu moy ben sana;
y ás veces eu quedo pasmada de todo.
Unha hora estóu fria coma a neve, e outras
sinto calorazos que queiman o rostro.
Trémbame á carne é dormécense as pernas
bulígame a sangue, formígame o corpo.
Diga, señore, ¿qué demo que é-y-esto?
—Pois eso... éche o demo que funga n'ó toxo.

J. Barcia Caballero.
Del libro inédito titulado *Rimas*.

A-O MEU QUERIDO AMIGO

DON BONIFACIO MARTINEZ,

Médeco d-a Prosperidade.



Díxome cedo á criada
limpándome ó cartapacio,
—Hoxe elle san Munifacio... —
Y acertou á condenada.—
Seica ventaban larpada,
hastra as meigas, n-a cibdade;
Solo eu dixen—«Vaya un frade
pra irlle con socaliñas.....»
á festa, é pra-as medicinas
que ten n-a *Prosperidade*.

Y-eso que non hei dudar
(Xa sabes que boto as cartas)
que che mandou trinta tartas,
po-l-os libros, Castelar. (1)
E xa tês pra convidar,
ó dia, e dous outavarios
a-os médecos, teus seutarios,
â Goleta, os fogoneiros,
platicantes, enfermeiros
é demais patibularios.

¡Quen che verá c-o teu xós
deitado entre os calambrotos,
c-o eses longos bigotes
cheios de pápas de arrós.....!

(1) Alude á la colocación de varios ejemplares de la obra de Castelar *El suspiro del moro*.

—Moi felices ch-os dea Dios—
Encargalle â cociñeira
que non ch-agrole á cacheira,
pois sintiria á disgracia.—
Vaya, ... Dió-nos mate en gracia,
Dalle un bico â pousadeira.

Manuel Martinez Gonzalez.

EL ARTÍCULO-PROGRAMA (1)

No creais que es obra baladí la confección del artículo editorial que ha de insertarse en el primer número. Antes al contrario.

Por larga vida que llegue á tener la nueva publicación, de seguro que ningún escrito á ella destinado será objeto de tan minuiciosa discusión como lo és por parte de todos los redactores, el artículo que ha de reflejar el criterio de la redacción de un periódico no político.

¡Oh! ¡Cuántos desvelos representan aquellas ocho ó diez cuartillas, en que están condensadas las aspiraciones de un grupo de patriotas, que tienen por indudable que el país piensa por ellos!

Elígese para esa árdua tarea al redactor de más fácil pluma, siquiera no sea el de más sólida instrucción. Pero es, en cambio, indispensable que sepa escribir períodos rotundos, sonoros, que terminen con una frase grata al oído.

Carecería el artículo-programa de su principal mérito si nó advirtiese en él, el lector mediocre, esos párrafos henchidos de cierta sonoridad ampulosa, revestidos de un exuberante lujo retórico, aunque carentes de toda idea profunda.

El epígrafe del artículo-programa es lo más característico de él.

Dejaría de ser lo que debe, si al frente de los estudiados párrafos, cien veces tachados y corregidos, no se leyese en gruesos caracteres: «Quienes somos, de donvenimos y á donde vamos:» muchas veces sustituido por otro más sencillo, aunque no menos cursí: «Nuestros propósitos.»

(1) Del libro inédito titulado *Cosas del oficio y manual del periodista*.

Empieza el primer párrafo diciendo:

«Debemos, ante todo, al público una explicación: debemos explicarle porque hoy le dirigimos la palabra.»

Sin embargo, los que quieren apartarse de la rutina y dar alguna novedad al asunto, dan principio de otro modo. En este caso se dice:

«Es costumbre tradicional que cuando aparece un nuevo periódico, explique á sus lectores, etc.»

Varían los párrafos según las circunstancias del periódico. Si es el primero que se publica en la población, no se puede prescindir de estas frases:

«Dejábase sentir en esta ciudad con notoria urgencia la necesidad de un periódico que, cumpliendo los altos fines de la prensa, trabaje por la prosperidad pública y defienda los intereses generales, harto descuidados, sin duda alguna por falta de un centinela activo y vigilante.»

«A llenar en parte este vacío, venimos nosotros, animados de los más rectos propósitos, y dispuestos á consagrar nuestras débiles fuerzas y nuestras modestas tareas al mejoramiento y progreso del pueblo que nos vió nacer, y que permanece retrasado en el camino de la civilización por carecer de un representante de sus intereses que sea eco fiel de sus necesidades y aspiraciones.»

Siguen á esto, es de rito, algunas consideraciones sobre la influencia de la prensa en la cultura y progreso de los pueblos, de las cuales hago gracia á mis lectores, y se va llegando al fin del trabajo con aquel párrafo que empieza:

«Expuestos ya los propósitos que nos animan á dar á luz *El Papel*, réstanos sólo añadir que nuestros juicios se basarán siempre en la más absoluta imparcialidad y que obraremos siempre libres de toda pasión.»

«Lejos del ardiente campo de la política..... al venir á compartir con nuestros compañeros la árdua tarea que á la prensa está encomendada..... aparecemos en el estadio de la prensa.....»

Porque es de advertir que sería crimen horrendo, olvidar la «aparición en el estadio de la prensa.»

¡Qué se diría de la ilustración de un

periodista que no hiciese uso de ese lugar común!

«No se nos oculta—sigue diciendo el artículo-programa—la gravedad de la tarea que acometemos, ni el peso que echamos sobre nuestros débiles hombros» (aunque sea un Hércules el redactor, sus hombros deben ser siempre débiles;) «pero confiamos en que el apoyo del público no ha de faltarnos, y esto nos dará ánimo para no desfallecer, y para continuar dedicando á nuestra patria, á la que tanto amamos, lo poco que somos y valemos.»

«Los hechos serán la garantía de nuestra conducta y probarán que sólo el deseo de ver á nuestro país próspero y feliz, es el móvil que nos ha impulsado á la fundación de *El Papel*.»

Está probado que con estos párrafos no hay artículo-programa que deje de entusiasmar á la redacción y que no agrade á los que *por no devolver el número*; son considerados como suscritores.

Aureliano J. Pereira.

LETRILLA.

Que sude el pobre y se afane
por el pan de cada día,
y que lo poco que gane
sirva al rico de alegría
porque aumenta su cauda!.....

No está mal.

Pero que se muera el pobre
por la falta de sustento,
y el rico su renta cobre,
y viva alegre y contento
creyéndose un San Efrén.....

No está bien.

Que el hijo del Diputado
sin ir el cuartel una hora,
siendo Alférez tenga ahora
sin más méritos un grado
y aspire á ser General.....

No está mal.

Pero que el otro valiente,
que se batió en Montejurra,
de ser Teniente se aburra
y no pase de Teniente
después de los años cien.....

No está bien.

Que un Gobernador se crea
con el nombramiento en mano
que es España, una Judea,
y él un Proconsul Romano,
y lo asiente muy formal....

No está mal.

Pero que solo obsecuente
del poder á los sectarios,
un dia tras otro invente
persiguiendo á los contrarios
nuevo Herodes un Belen....

No está bien.

Que al imponer los tributos
para las comunes cargas
se inventen... medidas largas,
aun siendo pocos los frutos,
por ser causa nacional...

No está mal.

Mas, que al repartir la cuenta,
se exija tanto al pequeño,
como se pide al que es dueño
de rica y cuantiosa renta,
sin dejarle ni un centén....

No está bien.

Que aumente la emigración,
y pasaportes se expidan
á todos cuantos los pidan
por más ó menos vellón,
y se fugue el criminal....

No está mal.

Pero que ansiando partir
uno, huyendo á la miseria,
si no dá nada en la fèria
le hagan del vapor salir
por no tener *qué* ni *quién* ...

No está bien.

Que un ministro tenga alguna
parienta en segundo grado
y procure que el mercado
no perjudique su cuna;
por ser cosa natural....

No está mal.

Más, que á sus actos humanos
tal carácter les imprima,
que por gozar de la prima
arruine á los hermanos
y aún pida gracias, también....

No está bien

Y por último, que crea
el autor de esta letrilla

que no es tan mala su obrilla
que no tenga quien la lea
y la encuentre racional....

No está mal.

Más que luego se le antoje
que ha de convencer al mundo
y obrar un cambio fecundo
que del mundo el mal arroje
trocándolo en un Edem....

No está bien.

SALVADOR GOLPE.

GALICIA MONUMENTAL.

Petos y Cruceros.

No esperes, lector intransigente, al leer el epígrafe, que como diría un escribano, *obra en cabeza de estas actuaciones* literarias, un erudito relato de las excelencias de la basílica compostelana, ó de su rival la de Lugo, ó que venga á trazarte el origen del soberbio *Puente de Orense*.

La índole de la publicación de *Labarta*, que es un jóven que presenta á Galicia con el semblante risueño, y vestida con la *murdana* de los dias festivos, no permite serias é hinchadas disquisiciones arqueológicas.

Pero nosotros los gallegos tenemos una Galicia monumental de cuarto orden, ú *orden ínfimo*, que pertenece al género del notable artículo que con el título de *El País de las benditas ánimas*, no ha mucho, escribió la eminente novelista Sra. de Pardo Bazán.

Petos y Cruceros, ó seáanse limosneras de piedra berroqueña remontadas de hierro viejo y oxidado, y toscas cruces también de piedra, con un Cristo de fisonomía patibularia, abundan como la maleza abunda, en las revueltas de nuestros caminos reales, ó en los sinuosos atajos, ó sobre la suave cima de las verdes lomas y los deliciosos oteros.

La base del crucero, el remate inferior, suele ser casi siempre el *peto* donde deposita el cándido y rústico caminante, poco antes de perderse entre la espesura del vecino cañaveral ó la enmarañada *mimbrera*, la pieza de cinco céntimos para alivio de las ánimas benditas del Purgatorio, ó en lenguaje propio, para *sacar el alma de un difuntíño*.

No es de estilo múdejar, gótico, ojival, bizantino ó greco-romano, el que ha empleado el artista en sus horas de inspiración para trazar aquel grosero crucero de burbujado pedrusco.

El artista como el gusto, se pierden en las tenebrosas brumas de los siglos, pero los cru-

ceros con sus indispensables *petos*, se multiplican de asombrosa manera, y llegan á servir de punto de cita para la enamorada pareja que regresa del molino, de descanso para la guardia civil que verifica al pié de las desiguales *gradas* su *entrevista*, y para el andrajoso méndigo, que en las mañanas del lso claro y horizonte sin nubes, mata y extruja con encarnizado deleite, la tropa hostigante de *animalillos de cierta especie*.

La provincia de Pontevedra es sin disputa la más rica de Galicia, en monumentos de tan *clásica* belleza. Ardiendo al calor de un fuego horripilante y entre un bosque de vivísimas llamas, véñse en un *peto* que existe en la carretera que de Tuy conduce á la parroquia de Guillarey, una alma en forma de mujer, con el seno como es consiguiente carbonizado; y á sus veras dos respectivos pecadores, que por cierto no son militares ni banqueros como dice muy oportunamente en el bellissimo artículo anteriormente citado, D.^a Emilia Pardo Bazán.

Para más inspirar la compasión del transeunte ó del cristiano muy ferviente, de manos de amenísimo estilista se lee la siguiente inscripción que he copiado á la letra, y con la necesaria fidelidad.

*Limosna Querido
A Dios Pedimos
Abrazadas Vivimos
En un fuego Vivo.*

Y no hay altozano, vereda recóndita, sendero de cabras, ó abrupto peñascal, donde los primitivos monumentos del cristianismo, no enseñen con orgullo á las generaciones pasadas, presentes y venideras, el Cristo de chata nariz, á consecuencia de las pedreas de los chicos que *salen de la escuela*, con unos cardenales exagerados, y dos mogotes ennegrecidos por la lluvia y el viento, figurando el desarrollado pecho.—Una vez dentro de algunas poblaciones estos cristos *se iluminan* con un churretoso farolillo, pendiente de una cadena, remedando desde lejos el crucero con la mortecina luminaria, el ojo de un cíclope, ó un faro para orientarse los rondadores de costureras, ó los borrachos que no encuentran la puerta de la casa.

Donde el *peto* y el *crucero* encierran belleza, armonía, tradición, y un algo dulce que nos refresca la memoria de las horas de la niñez, es en la apartada senda, en el caprichoso vericuetto, ó en la innacesible montaña.

El pastor se descubre con tanta ó más veneración que podemos hacerlo nosotros en los suntuosos templos, y masculla con recojimiento santo, un *Padre-Nuestro que estás en los Cielos*.

Yo no soy partidario de la idea nueva y de las corrientes civilizadoras en esto, como nunca fuí partidario de esas músicas de villa que se van al *turreiro* á hacer competencia al gaitero, tocando danzas y polkas.

¡Honor al *peto* y al *crucero*! Viva la gaita.

Juan Neira Cancela.

Tuy, Diciembre 9 de 1887.

REVISTA D'UNHA CORRIDA ¡DE TOUROS?

N-A VILA DE NOYA

FEITA POR UN LABREGO.

(Poesía premiada con 125 pesetas
n-o certáme gallego literario que se celebró
en Pontevedra o dia 9 d' Agosto
d' o ano 1886.)

LEMA:

Co-a miña môca ô lombo,
capa e cirolas,
n' hay toureiro nin rayo
qu' a min me tosa.

I

Serian as tres d'a tarde,
pouco mais ou poco menos,
d' o vintecatro d' Agosto
d' un ano que... non me lembro,
dia en qu' a vila de Noya
alegre com' un pandeiro,
fái a festa ô seu patrono,
o santo Bartoloméo;
e po-l-as calles e prazas,
e por todol-os cornechos,
bulía a xente d'a vila
o mesmo qu'un formigueiro.

Y-en médio d' aquel enxamio
solo se oucía este berro;
—¡Ôs touros!—y-en son de trompa,
—¡ôs touros!—gritaban nenos,
—¡ôs touros!—gritaban mozos,
—¡ôs touros!—gritaban bellos.
Y—¡ôs touros!—todos berraban
sin tomar siquer' alento;
e tanto,—¡ôs touros!—se oucía,
que dend' aquel dia, penso
qu' alá dentro d' as orellas
metidol-os touros teño.

E revolto antr' o xentío,
e, como todos, correndo,
mais algre qu' unhas páscoas
e mais foncho qu' un gaitero,
co-as miñas polainas novas,

o meu chaleque ben feito,
 cuello branco hastr' as orellas,
 capa longa hastr' os tobelos
 y-en fin, pra ser todo longo,
 hastr' a nuca o meu sombreiro,
 antre todos eu marchaba
 mais teso qu' un padre crego...
 Y-algún chusco d' os d' a vila,
 miña capa longa vendo,
 anqu' era n-o mes d' Agosto
 y-o sol queimaba de demo,
 dicia:—¡Qué frío fai!
 ¿cando nos virá o bó tempo?—
 Ou botábam' un: —compadre,
 non sabe canto ll' aprecio
 que me garde algunha cria
 si esa capa chega á netos.—
 Ou:—si se desfái d' a prenda,
 avise pol-o correyo.

Mais, facend' o mesmo caso
 que s' estivese chovendo,
 pol-a calle adiant' eu iba
 marchando, *teso que teso.*

2

Por fin, andando y-andando,
 metímonos n' unha praza,
 que' á prêsa pol-os costados
 uns hômes tapeando estaban.
 Y-alá n-o fondo de todo,
 pegado á carón d' as casas
 erguíase un gran taboádo...
 ¡qué taboádo Vírxen santa!
 ¡ay, parecía aquel onde
 ôs axusticiados matan!
 Y-outras táboas inda había
 enriba d' aquelas tóboas,
 formand' un arco de ponte,
 e tan vellas e pintadas,
 que' hastr' o demo, con ser demo,
 xuro á que non acertaba,
 si era aquilo unha grileira
 ou s' aquilo era unha casa!

¿Ond' estamos? ¿Ond' estamos?
 (tembrando como unha cana
 pol-o medo que toméi
 ô ver aquel panorama,)
 dixen á grito pelado;
 e tod' a xent' en voz alta
 —¡N-a praza de touros, home!—
 contestóume moi finchada.
 Y-ô ver qu' a praza de touros
 era unha praza de casas,
 lembreime de don Quixote
 qu' o probe tamen tomaba
 por xigantes, os muiños:
 por exércitos, as crabas.

—¿Y-aquel taboádo, que fáí?—
 perguntéi, (pol-o de *marras.*)

e respondéronme: —É onde
 a múseca está sentada.—

Eu—¿Y-aquelo que tèn enriba?—

A xente—¡Vostede sei qu' está en bábia!
 é o palco d' presidencia,
 onde se senta á xente *alta*...

Eu—Xa o vexo: o menos están
 á unha altura de tres varas.

A xente—¡Non ll' é alta pol-altura!

Eu—Bueno: será pol-a baixa.

A xente—Cáhamase alta, á xente *gorda*.

Eu—¡Xa entendo bèn, camaradas!
 xente *gorda e de bó ano*,
 chámase á qu' está *cebada*.

A xente—¡Qué malas entendedeiras
 tèn este cara de páscoas!
 Prá que entenda... a xente *gorda*,
 ell' o alcalde y-a compañía.

Eu—¡Acabaran de parir!
 pois as cousas dinse craras!

N-estas e n-outras conversas
 con tod' a xent' eu estaba,
 cando, sin mais e sin mais,
 como si non fora nada,
 dixeron:—¡Ahí vén o touro!
 E dixen eu.—¡Santa Bárbara!

3

Y-acó teñen xá vostedes
 n-a praza o touro pirmeiro,
 (que tiña de touro *bravo*,
 o que tèn de *manso* o demo);
 y-ô mirar que tod' o mundo
 quería alí ser toureiro,
 y-hastra se botaba à touro
 (por darse tono) un becerro,
 y-o ver, en fin, que n-o sitio
 todos estaban con medo
 (empezando pol-o touro
 y-acabando por min mesmo,)
 dixen:—¡Eiquí soilo falta
 qu' eu me meta á revisteiro!

E saltand' un valadiño
 de táboas, metinme drento
 d' un portal, pedín un tallo,
 unha pruma e mais un prego
 de papel longo de barba;
 saquei d' o bolso dereito,
 o meu tinteiro de corno
 y-os meus anteollos vellos,
 un bó polvo de tabaco
 tomei d' o meu tabaqueiro;
 e decindo escontra min:
 —¿Eiquí, meu dito meu feito,
 (que por moito que me digan,
 non deixa de ter seu méreto
 unha *corrida en Galicia*
 discrita por un gallego!)

con perdón d'a Tauromáquia,
escomencei n' estes têrmos:

Noya—Agosto vintecatro.
;;;Gran corrida ESTRORDINARIA!!!
E por si algun de vostedes
non entende esta palabra,
qué dicir: ¡Fora d'o orde!
(y-está moy ben apricada.)

Mallábanse, tres becerros
d'as montañas de Barbanza;
presidían a función
o alcalde... y-a compañía;
compoñíase a *cuadrilla*
de tod' a xente d' a praza;
os que pinchaban pirmeiro,
eran *pirmeiros espadas*;
picadores... ¡tod' o mundo
ôs probes *bichos* picaba!
banderilleiros.... ¡os coxos!
capeador... ¡quên tiña capa!
os touros... ¡mártires dinos
quizáis d' unha millor causa!

E con esto por sabido
escomenza.... a foliada:

Touro pirmeiro.

Levantouse o presidente,
fixo c' un pano a sinal,
e... salíu caladamente
o touro por un portal.

Y-o velo asín como entraba
n-a praza pol-o postigo,
parecía que baixaba
de visitar un amigo.

Por sinal... levaba atado
o pescozo c' un cordel.
¡Mais lle valera, coitado,
que s' aforcase con él!

Sômentes pelexo y-hóso,
n-aquel corpo un home via.
Chamábase *O Milagroso*....
¡e de milagre vivía!

Tiña o probe pouca talla
e tiña ademais tamen...,
¡mais gana de comer palla
que de trucar á ninguén!

Xente e touro, con recelo,
miráronse frente á frente...
¡y-a xente fuxíu ô velo!
¡y-él, fuxíu ô ver á xente!

De pronto... ¡Xesús!... ergueron
cen môcas, duascenas maus,
e sobr' as costas choveron
d'o touro... ¡mais de mil paus!

Dempois... todos lle mallaban,
¡Santo Cristo, que mallar!
e d'o rabo lle turraban
hastra quererllo arrincar!

Outros con puntas de ferro
picabánlle d'os balcóns...
—¡Asesinos!— o becerro
decía pr' os seus botóns.

E trato tan malo ô ver,
con ganas de *protestar*,
botaba un pouco á correr,
pero... ¡volvía á parar!

Y-asín n-o probe ferido
siguéu cebándose a xente,
hastra que, compadecido
d' o becerro o presidente.

Levantóuse con cachaza,
deu c' o seu pano a sinal,
y-o touro salíu d' a praza
outra vez pol-o portal.

Touro segundo.

Tocaron os músecos
á marcha d'os grelos.,
e mozos e mozas,
e vellas e vellos:
—¡Que veña outro touro!—
berraron á un tempo.
Y-entón o alcalde
levantóu o dedo,
y-entrou coma un rayo
n-a praza correndo,
o touro segundo,
levado d'o demo.

Era unha *formiga*
de côr moi bermello;
e por ir as xentes
hastr' ô rives n' eso,
por nome «*O cornudo*»
quizáis lle puxeron;
pois si tiña cornos,
tiñ' os tan pequenos...
¡que mais bén que cornos
eran un *proyento*!

Ó verse n-a praza
fora d' o cortello,
de gozo saltaba
o infelis becerro.
Y-a xente qu' o vía,

fuxía de medo
e pol-os portales
íbase escondendo...
¡qu' unha *pitacega*
parecía aquilo!
e todos dicían:
—¡Qué touro tan fero!—
sin botar a conta
de qu' inda era un neno,
e ledo brincaba,
segun o qu' entendo,
por espáñexerse:
non con mal intento,

Mais logo qu' a xente
pensou esto mesmo,
saltou sobr' o touro,
cal cáns de palleiro
saltan sobr' un hoso,
prá despois roelo.
Y-él, aquel encontro
recibeu sereno
cal un probe mártir
recibe o tormento:
¡sin incomodarse
nin botar un berro!

¡Cántas xudiadas
alí lle fixeron!

Hastr' un, por botarse
de *banderilleiro*,
prantoulle con forza
n-o carto traseiro,
—con perdón d'a cara
d'os homes mais vellos,—
dous bós *subelazos*...
¡bén postos por certo!

Outro, mais valente,
montou n-o becerro;
e touro e xinete,
tembrando de medo,
n-o medio d'a praza
rolando caeron.

N-esto, o presidente
levantou o dedo,
y-o touro mallado,
marchou pr' o cortello.
E díx qu' ô ir andando,
moi maino e moy quedo
prá que non ll' oucisen,
dicía o becerro:
—Nós os de *Barbanza*,
pasamos por feros,
e somos mais mansos
qu' ôs homiños estos:
¡*Uns levan a fama*
y-outros o porveito!

Touro terceiro.

D'a múseca á sonar volveu con forza,
o *prapachín* ferós e destemprado...
Erguéndose outra vez o presidente,
a sinal á facer volveu, c' o pano;
y-o becerro terceiro entrou n-a praza
con choro carís: aire romántico.
—Ese touro qu' ahí ven, (todos dicían)
ê aquel mesmo que vén todol-os anos.—
¡Y-entón eu comprendín pol-o que viña
tan triste, malencónico e pausado!
¡Sabía o probe xá, por esperanza,
o que ll' iba á pasar ¡Ay meu coitado!

Chamábase «*O abó*» quizáis porqu' era
d'os touros todos o infeliz *decano*:
y-era tan vello, que' iba pol-a praza,
maino, sin folgos e c'os pés arrastro.
Ó velo entrar, a xente en remuíño
arremeteulle alí con furor tanto,
que cada vez qu' a xente arremetía,
caía o *touro pai* n-o chan deitado.

¡Qué delito fixeche, meu *neniño*,
prá que che dén os homes tan mal pago?
¡Tí, que nunca lles deche unha *cornada*,
nin pra fuxir, siquera, tiñas ánemo!
¡Tí, tan manso, tan vello e tan cumprido,
qu' eras un touro xa *civilizado*!
¡Tí, que xa un bó *retiro* merecías!
qu' homes conezo eu, que' o están *crobando*,
con moitos menos anos de servizos,
e sin tanta cabeza nin traballo!...

En fin: o presidente enternecido
pensou ó mesmo qu' eu estou pensando;
erguéuse d'o sillón, medio dormido,
y-a postreira sinal fixo c' o pano;
o touro, a rempuxós foise pr' a corte,
a xente despideuse hastra outro ano,
deixouse o revisteiro de *revistas*...
¡y-a corrida acabóu, d' os touros *bravos*!

4

RESÚME.

Total d'a corrida, esta:
cabalos mortos, ningun;
sin contar, pra fin de festa,
qu' un home rompeuse a testa;
pois enton, diremos: ¡UN!

¡A corrida, foi batida!
¡nunca millor o fixeron!
digan, pol-a miña vida;
¿n' había de ser corrida,
si todos alí correron?

Fin: os toureiros... ¡mallando
sin perdón, en xeneral!
Os touros... ¡mil paus levando!
O presidente... ¡¡roncando!!
O revisteiro... ¡moi mal!

Enrique Labarta Posse.

EL LORITO DE DOÑA ACACIA.

DOÑA Acacia era vieja y tenía un loro, objeto de todas sus ternuras y caricias.

Todas las mañanas lo convidaba con una sopa abundante de chocolate, y todas las noches se despedía del verde animalito besándole en el propio hocico, negro como la tinta de escribir.

En cuanto un amigo llegaba á visitar á doña Acacia, era el lorito el primero que usaba de la palabra, preguntando con su vocecilla fina y atiplada como la de un niño de coro: «¿como está V. D. Fulano?»

Y Doña Acacia mostrábase ofendida, si el señor de la visita no contestaba galante al saludo de su adorado lorito.

Así las cosas, amaneció un día hermoso y primaveral, puso la vieja el loro en la ventana, y fuese de paseo á respirar las frescas brisas matinales.

Cuando volvió... el lorito había desaparecido. La jaula estaba vacía y triste, con sus dorados barrotes paralelos é iguales, y allá en el fondo, la prueba inequívoca de que el animalito había hecho sus necesidades á la hora del alba como desde muy antiguo lo tenía por costumbre.

Doña Acacia, se quedó muda y sorda de primera intención. Después comenzó á llorar y por fin le acometió un golpe de tos, porque tenía un catarro de todos los diablos.

Al día siguiente, apareció en todos los periódicos del pueblo el siguiente anuncio:

«Una gratificación de cinco duros á la persona que haya encontrado un loro que habla correctamente el inglés y sabe saludar en español. Es miope, pero no usa lentes. Su dueña doña Acacia Rodrigón, calle del Pájaro, número tantos.»

Un zapatero que vivía en la esquina de la misma calle, leyó este anuncio y entró en deseos de capturar al fugitivo volátil (ó lo que fuese el personaje en cuestión, que el maestro de obra prima no conocía á ningún loro personalmente.)

Llegó hasta sus oídos que un *Lord* inglés se hospedaba en un *Hotel* del pueblo, y juzgó (por lo de inglés tal vez ó quizás por lo de *Lord*) que aquel debía ser el del anun-

cio; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, lo esperó aquella noche en una callejuela, cubriole la cabeza con un mandil de cuero, le ató piernas y brazos, y se entró por casa de doña Acacia, anunciando congritos desafortunados que allí venía el loro y que se había ganado los prometidos cinco duros.

Dió orden doña Acacia de que entrase el zapatero, y dejando este al inglés en la escalera, entablaron los dos el siguiente entretenido diálogo.....

—Qué tal está? dígame V. por Dios—preguntó la vieja.

—Tan gordo y tan rubio, señora, y con más ginebra en el cuerpo que una botella—respondió el zapatero.

—Pobrecito! Y en donde lo ha dejado usted?

—En la escalera queda y durmiendo á lo que parece.

—Volará?

—Volar? Atado viene y muy fuerte.

—Angel mio!

—(Que cariñosa es esta señora.)

—Y sabe V. si habrá comido perejil?

—(Que le importará eso á ella.) Mire usted señora D.^a Acacia, en el hotel supongo que.... ¡vamos! la salsa verde se come con frecuencia.

—¡Dios misericordioso! Y que hacía en el hotel?

—Hospedado. Se recogería allí.....

—¡Quien me había de decir que manos mercenarias le sirviesen!

—Pero él... vivía aquí?—preguntó el zapatero.

—Ya lo creo ¡sí era toda mi ilusión!

—(Vaya una ilusión más fea.) Y diga usted señora... lo subo?

—Si; métalo V. en esa jaula que hay en el pasillo.

—No cabe; es más grande que yo y...

—Estará hinchado ¡animalito!

—(Que manera tan cariñosa de tratarlo.)

El inglés entre tanto se había desprendido de sus ligaduras, y soltó un resoplido como una locomotora. Cuando el zapatero le había cogido, salía de un café *cantante* después de beberse dos libras esterlinas de ginebra. Se dejó coger muy santamente y durmió la mona en la escalera. Cuando despertó, creyóse en el hotel, sacudió los brazos, estiró las piernas y se entró como un ciclón en la sala de doña Acacia.

—Jesús María y José—exclamó la vieja asustada por el fornido aspecto del Lord.

—Aquí está el loro—gritó el zapatero escondiéndose detrás de una butaca.

—Mi estarr equivocado—dijo el inglés como si tuviese la boca llena de cristales.

(Momentos de silencio; el inglés mira á do-

ña Acacia; D.^a Acacia al inglés, y el zapatero busca los cinco duros por toda la habitación.)

Al fin el inglés movió los labios como si quisiese *romper á hablar*; después movió los brazos y rompió á *trompis* con el zapatero. Había reconocido en él á su forzador de la callejuela y quiso demostrarle que un inglés después de dormir una mona, es capaz de cualquier cosa.

Al ruido de los golpes acudieron las criadas, y el *Milord* las saludó también con un redoble de puñetazos que era un placer el verlo. Doña Acacia quiso desmayarse y se bebió un tarro de goma; y la confusión fué tanta, que asomando elloro su pico negro y verde por la puerta de un armario decía con su vocecita atiplada «¿cómo está V. D. Fulano?»

Allí estaba encerrado el pobrecito hacia dos dias en amistoso comercio con unos bizcochos que á doña Acacia le mandaran las monjas del pueblo como regalo de Pascuas.

MOISÉS G. BESADA.

CANTARES.

Las gracias de la mujer
á la rosa se parecen,
cuyas hojas que más luce
son las primeras que mueren.

De la ingratitud de Rosa
me consolé á los seis dias;
pero.... de haberla llorado,
no me consuelo en la vida.

Dice Inés que cierto dia
prometí hacerla mi esposa;
¡si creerá que la embellece
tener tan buena memoria!

Que tu amor va á más me dices:
Gracias, aunque no es correcto,
que vaya tu amor á más
cuando tu ya vas á menos.

Me dió una mujer la vida;
otra me está dando muerte;
Poco en este murdo tengo
á entrambas que agradecerles.

Nunca he podido saber
quien guarda más un secreto,
si un avaro sus tesoros
ó una mujer sus defectos.

Dice el vulgo que al casarme
mi mujer me dió su mano;
me daría su mano.... pero
el resto me lo ha cobrado.

Van tan seguidos tus novios,
que parece ¡oh bella Floral!
que los restos del que dejas
son cabeza del que tomas.

Querer á dos niñas guapas
dicen que es un mal querer;
pues querer solo á una fea,
¡bah! tampoco es querer bien.

Si en sepulcro convirtieras
tu corazon, amor mio,
yo haría lo que no hace
ninguno.... ¡enterrarme vivo!

No siento ya las caricias
que de jóven me has negado;
siento que de vieja intentes
abonarme los atrasos.

Quince años llevo observando
de nuestra patria el gobierno:
¡Y los hombres aún decimos
que no hay quince años feos!

Fortunato Rodriguez Arismendi.

PERIPECIAS DE UN PERITO

(EPISODIO DISPARATADO.)

I.

EN una ciudad de Galicia, aunque no sé en cual de ellas á punto fijo, vivian frente por frente (de esto hace ya muchos años) un Perito listo y trabajador, y un Indiano que, cumpliendo á la letra el divino precepto, habia hecho una mas que regular fortuna con el sudor de su rostro, ejerciendo las funciones de mozo de cordel, en los apartados climas de América.

Tenia el tal Indiano, una hija tan horriblemente fea, que cuando por las mañanitas de Estio se asomaba al balcon con objeto de tomar el fresco, las beatas

madrugadoras al pasar por delante de ella con dirección á la Iglesia, santiguábanse temblorosas, en la creencia de que era el enemigo, y confirmándolas más en su opinión el saber de buena tinta, que este, parodiando á la necesidad, tiene á veces *cara de conejo*; y su vecino el Perito, en más de dos ocasiones, corrió también las cortinillas de la ventana de su cuarto á fin de librarse de tan pavorosa visión. Mujer, en fin, á la que, no bastarian á darle un solo atractivo, no digo el caudal en pleno de su papá, sino todas las minas de California. ¡Tan fea, que sin exajeración, el mismísimo diablo bien arregladito, los cuernos limados, el rabo recogido, afeitado y en traje de hembra, puesto á su lado aun la haria desmerecer.

En este estado las cosas, sucedió que cierto dia un chusco desocupado que vivia en la misma calle, no teniendo á costa de quien divertirse, forjó la malévola idea de tomar como blancos de sus bromitas, á sus vecinos el pacífico Indiano y el inofensivo Perito.

Escribió al efecto, una carta al Indiano que firmó con el nombre del Perito, y la cual estaba concebida en estos términos:

«Muy Sr. mio: Yo, aunque pobre, soy activo y trabajador, y aprovechando estas dos buenas cualidades, me tomo la libertad de pedir á Vd. la mano de su hija á quien amo con frenesí, quizás por ese extraño sentimiento de simpatía que profeso á *todos los objetos raros*.»

«Enemigo de perder tiempo, mañana á las *cuatro de la tarde* iré á la casa de Vd., á fin de saber su resolución definitiva. Soy de V..., etc.»

Terminada esta carta, y despues de solazarse con su lectura, escribió acto continuo otra al perito firmándola con el nombre del Indiano, y cuyo contenido era el siguiente:

«Muy Sr. mio: Poseo en las afueras de esta población, una finca de 50 ferrados de sembradura y titulada *Mi hija*: la cual quiero que se mida y tase sin pérdida de tiempo, con objeto de arrendarla.»

«Por consiguiente, si Vd. quiere encargarse de dicha operación, sírvase pasar

por esta su casa, mañana á las *cuatro de la tarde*.»

«Su S. S... etc.

Terminado que hubo la segunda carta, selló las dos, y enviándolas ambas por correo interior sin encomendarse á Dios ni al diablo, aquella misma noche llegaron á poder de los interesados.

Abrió la suya el Indiano y después de leerla y volverla á leer con todo detenimiento, exclamó:—Pues señor, el chico no me disgusta; toda la vecindad asegura que es activo, honrado y trabajador, y un yerno así, á la verdad, me conviene; pues el que trabaja todo lo merece, y trabajando, he reunido yo mi fortuna. Pero... que querrá decir en su carta con eso de *objetos raros*? ¡No lo comprendo! ¡Vamos, si; alguna galantería! ¡Llamaré á mi hija y tomaré su parecer! ¡Corneliaaa!

—¡Voy!—contestó una voz fuera del orden natural de las voces; una voz que no parecía ni de habitante de este mundo ni del otro; una voz... más espantosa que la voz de la conciencia; y detrás de aquella voz, apareció un macaco de sayas como esos que pintan los niños con tiza en las paredes.

—Hija mia—dijo el Indiano, á aquel mamarracho semoviente que más bien que de carne parecia hecho de un trozo de madera—me piden tu mano.

—¿Cual?—exclamó la niña admirada; pues de advertir es, que su talento no le iba en zaga á su hermosura.

—¡Supongo que las dos!—contestó el Indiano aturdido con la pregunta y á fin de confirmar el refran que dice «Tales padres, tales hijos»—En fin, continuó, nuestro vecino el Perito quiere casarse contigo, porque dice que le gustan *los objetos raros*. ¿Estás?

—Si señor.

—¿Y sabes tú lo que quiere decir eso de *objetos raros*?

—No señor.

—¿No eh? Pues yo...tampoco!

—Muchas gracias.

—¿Conque le dás las gracias? ¿Luego sabes lo que quiere decir eso? ¡Las mujeres son el diablo! ¡Todo lo entienden! ¡Ya lo decía yo, que debía ser algun pi-

ropo! ¡Picarillo de Perito! Y vamos á ver: ¿tu que dices?

—Yo no decía nada.

—¡Pero lo dirás... y dirás que sí!

—Si—contestó Cornelia, repitiendo como un eco las palabras de su papá.

—¡Bueno! ¡Somos de un parecer!—Y así diciendo, hizo un cuarto de conversión y terminando sin otros incidentes la conferencia, tomó asiento el Indiano, y con el firme propósito de dar al Perito una contestación afirmativa y acordándose á la vez de las respuestas de su hija, murmuró entre dientes: ¡Que talento natural tiene esta chica!

Mientras esto sucedía en casa del Indiano, el Perito en la suya leía la otra carta y exclamaba:—¡Este es un buen negocio! ¡El vecino es rico y le aplicaré el arancel! ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Qué nombre tan raro tiene esa finca! ¡Y no debe ser maleja! ¡Probablemente me pondrá prisa y necesitare un ayudante para terminar mas pronto la operación, porque al fin son muchos ferrados! ¡Es necesario tambien ir á la hora marcada... que á estos hombres les gusta mucho la puntualidad! ¡Si señor; la puntualidad!

Y aquella noche, Indiano y Perito se acostaron con el deliberado propósito de verse al otro dia, á las cuatro en punto de la tarde.

II.

¡Tán! ¡Tán! ¡Tán! ¡Tán! dijeron á una todos los relojes de la ciudad.

—¡Las cuatro!—exclamó el Perito disponiéndose á salir.

—¡Las cuatro!—repitió el chusco asomándose á la ventana.

--¡Las cuatro!—rosmó el Indiano con voz media dormida y recostado muellemente en un sillón.

Luego, apareció el perito en la calle, metiose en la casa de enfrente, cerró el chusco su ventana, y el Indiano levantándose murmuró:—¡Llaman á la puerta! ¡Es él!—y salió á esperar á su vecino que ya subia las escaleras.

Saludáronse cordialmente los dos burlados, y el Indiano, despues de conducir al Perito á la sala de recibir y obligarle á tomar asiento, díjole con tono confidencial:

Indiano.—Ya sé el motivo...

Perito.—Si, si,—replicó el Perito—ahora espero que V...

Indiano.—¡Estas cosas requieren calma!

Perito.—¡No! ¡Si eso se hace en un dia!... ¡Es una operacion sencillísima!

Indiano.—¡Es Vd. muy apurado, caballero! ¡No es tán sencilla como usted cree!

Perito.—No; yo estoy á lo que Vd. ordene...

Indiano.—¡La verdad... que á Vd. le conviene *mi hija*...

Perito.—¡Ya lo creo! ¿A qué está uno sino á ganarse un pedazo de pan?

Indiano.—Ya sé; ya sé que es Vd. activo y trabajador... tengo muy buenos informes; pero *mi hija*...

Perito.—¡Debe ser buena tierra! ¿Eh?

Indiano.—¿De buena tierra? ¡Si! ¡Es del pais!

Perito.—¡Pero de primer orden! ¡Me lo supongo!

Indiano.—Es favor...

Perito.—¡No señor, no! Mire Vd... nosotros, á las que están dentro del radio de la población acostumbramos á ponerles una tasa mas alta...

Indiano.—¡Si! ¡Tiene Vd. razon! ¡Estan más civilizadas... llevan una educacion más distinguida... hay otros medios...

Perito.—¡Y sobre todo, que las tiene uno á mano! ¡Además los abonos...

Indiano.—¡No! ¡Yo no estoy por los abonos!

Perito.—¡Pues los abonos son el todo!

Indiano.—¡Soy de muy distinto parecer! ¡Solo cuando la compañía que actua en el Teatro es muy buena, puede pasar el abonarse...

Perito.—¿Eh? ¿Qué dice Vd?

Indiano.—¡Ah picarillo..... parece que es Vd. aficionado á los abonos..... y eso ocasiona muchos gastos...!

Perito.—¡No es del caso entrar aquí en discusión acerca de la utilidad de los abonos...

Indiano.—Si, sí... será mejor dejarlo.

Perito.—Y volviendo á nuestro asunto: ¿hace mucho tiempo que Vd. la posee?

Indiano.—Veinte años cumple para Abril.

Perito.—¡Ya vá larga la fecha!

Indiano.—¡Cá, hombre! ¡Si por ahora es una criatura!..

Perito.—¡Bien, pues, mañana si Vd. gusta...

Indiano.—Voy á serle á Vd. franco: en vista de los buenos informes que de Vd. tengo, me conformo con que Vd. la...

Perito.—En ese caso necesitare un ayudante, porque yo solo no sé si podré con tanto trabajo...

Indiano.—¡Que dice Vd.! ¡Está Vd. loco?—exclamó el Indiano asombrado!

Perito.—No, no... si Vd. tiene gusto en ello, la mediré yo solo!

Indiano.—¡Eso es otra cosa!

Perito.—Entonces...

Indiano.—Si; llamaré á Cornelia para que delante de Vd. repita lo que ayer ha dicho; porque yo sin su consentimiento no hago nada...

Perito.—No veo la razón, para que la señorita intervenga...

Indiano.—¡Caballero: yo sin ella no doy un paso!

Perito.—Como Vd. guste—replicó el Perito con indiferencia.

Indiano.—¡Cornelia!—gritó el Indiano—y á los pocos momentos apareció ante los asombrados ojos del Perito, aquel ser heterogéneo, que nunca tan de cerca él habia contemplado.

Indiano.—¡Hija mia! ¿Tu estás conforme? ¿No es verdad?

Cornelia.—¡Es verdad! contestó la niña maquinalmente, como pudiera hacerlo una figura de resorte cuando le oprimen los muelles.

Indiano.—Tengo la seguridad de que el señor es apropósito...

Perito.—¡Muchas gracias!—interrumpió el Perito inclinándose.

Indiano.—¡Bah, hombre... déjate ahora de cumplimientos! ¡Venid hijos míos y abrazadme.—Y el Indiano abrió los brazos con tanta destreza, que más bien que hombre parecia un molino de viento recientemente construido.

Perito.—¡Qué hombre tan raro!—rosó el Perito para sus botones—¡me llama hijo... me tutea...!

Indiano.—¡No me abrazas, hombre?

Perito.—Ya que Vd. se empeña...

Y al decir esto, Indiano y Perito se estrecharon mutuamente.

Indiano.—¡Vamos.. no seas tan tímido! ¡Ahora, dále un abrazo á Cornelia! ¡Te lo permito!

Perito.—¡Este hombre se ha vuelto loco!

Indiano.—Anda, hombre, abrázala!

Perito.—¡Caballero...!

Indiano.—¡Hay que abandonar esa timidez! ¡Abrázala pues! ¿que te detiene?

Y acompañando el ademán á la palabra, agarró el Indiano con fuerza al Perito y á su hija, é hízolos chocar el uno contra el otro como si fueran dos bolas de billar.

Perito.—¡Señor mio—gritó el Perito perdiendo ya la paciencia—¿trata Vd. de divertirse á costa mía?

Indiano.—¡Qué lenguaje es ese señor yerno...

Perito.—¡Qué yerno ni que ocho cuartos! ¿Está Vd. loco? ¿Para eso me manda Vd. venir á su casa?

Indiano.—¡Qué significa eso! ¡No has sido tú el que me has escrito...

Perito.—¡Yo!

Indiano.—¡Si! ¡Tu!

Perito.—Pero caballero ¿con qué derecho me tutea Vd.?

Indiano.—Con el que tiene todo padre..

Perito.—¡Caballero! ¡Es necesario que llame Vd. á un médico!

Indiano.—¡Dios mio! ¿Te encuentras mal? ¡Esa falta de hilación en tus palabras...ese cambio repentino! ¡Yerno!

¡Tu te has vuelto loco! ¡Quizás la alegría...

Perito.—El loco es Vd.—replicó furioso el perito—que me escribe una carta para que le mida una finca y luego...

Indiano.—¡Qué carta ni que niño muerto! ¡Carta, la tuya! ¿La ves?

Y el Indiano enseñó al Perito la carta que el chusco le escribiera, á la vez que el Perito enseñaba la suya al Indiano.

Los dos.—(Leyendo sus respectivas cartas).—¡Esto es una farsa! ¡Han querido burlarse de nosotros!

Perito.—¡Y lo han logrado!

Indiano.—¡Asi parece!

Perito.—¡Yo indigaré...

Indiano.—Yo averiguaré...

Y ambos furiosos y medio corridos por lo pesado de la broma, se despidieron con

frases balbucientes y voces entrecortadas; y al llegar á las escaleras el Indiano dió un fuerte porrazo contra el llamador, y el Perito bajó *midiéndolas* hasta el primer descanso con toda su personalidad, siendo aquella, según opinión unánime de sus contemporáneos, la primera vez de su vida que efectuó una *medición* sin cobrar el arancel.

¡Oh pequeñez de las cosas humanas! ¡Aquella noche el perito soñó que se casara con un talego de monedas de cinco duros, y al otro día no encontrando quien le interpretase aquel sueño, lo interpretó él mismo, sacando en consecuencia que el tal talego sería la hija del Indiano, y que la pasada equivocación bien podía convertirse en realidad!

¡La chica era fea, pero la necesidad del Perito no le iba en zaga, y vale más un diablo bien vestido que un ángel desnudo!

¡Además... casándose con ella... que chasco se llevaría el chusco!!!

EPÍLOGO.

Seis meses eran pasados desde los anteriores sucesos, cuando una mañanita de Primavera, cruzaba silenciosa por la calle con dirección á la Iglesia, una lujosa comitiva, cuyo objeto era... presenciar la indisoluble unión de dos almas.

—¿Quién era el novio?

—¡El Perito!

—¿Y la novia?

—¡La hija del Indiano!

—¿Y el padrino?

—¡¡¡El chusco *de marras*!!!

ENRIQUE LABARTA.

EPÍGRAMA.

Jacinta se llama ella,
y Juan Dios se llama el novio;
y es Jacinta tan coqueta
y es su corazón tan pródigo,
que á todos acoge fácil
y hace favores á todos.
Y así Jacinta el Decálogo
observa y cumple á su modo,
amando á su Dios primero
y luego... á todos sus prójimos.

Isidoro Casulleras.

MONOGRAFÍAS DE SANTIAGO.

EL ARMAMENTO ESCOLAR.

1663—1665.

Los corrillos eran el periodismo político de los pueblos en el siglo XVII. De esta suerte á la aproximación de un suceso extraordinario, el concurso de las calles se aumentaba y la concurrencia á las cátedras se aminoraba. El estudiante era involuntariamente el periodista de esta época.

En una de las mañanas frías y nebulosas de Octubre, veinte y siete días después del 30 de Setiembre, un número extraordinario de estudiantes se agolpaba á la puerta de la Universidad de Santiago. La agitación de los ánimos se revelaba en los semblantes, y alguna empresa grave preocupaba á los sostenedores del *vacto* y del *caput-mortuum*. No se trataba empero de asistir á la fiesta de S. Pedro Mártir, ni celebrar la función de Sto. Tomás en el convento de Sto. Domingo, ni recordar al gremio de zapateros el cabildo del lunes, ni apagar las linternas de los aficionados á tertulias, ni *elidir* la cátedra para una pedrea en Sta. Susana, ni azuzar al anochecer á los escribientes de la Quintana. La juventud en todos tiempos ha optado á la casualidad por la alegría ó el dolor, cuando llega hasta su corazón voluntarioso el eco insinuante de la gloria.

En este día los estudiantes de Santiago esperaban un verdadero acontecimiento en el siglo XVII: formaban concilio olvidándose de Bartulo y de Lombardo, para esperar un mensajero que no se atrevía á llevar el nombre de posta, porque no remudaba caballos ni contaba con carreteras provinciales.

El arzobispo de Santiago D. Pedro Carrillo de Acuña dirijía desde Redondela á la Universidad compostelana una carta reclamando que le auxiliase la *gente secular* que concurría á los Estudios, á semejanza de los estudiantes de Salamanca que se habían organizado en milicia *con cabos del mismo cuerpo de la Universidad*. El objeto de este armamento era la defensa de la frontera de Monterrey, villa ya conocida

en la historia general de España por el Concejo celebrado en 1366 por D. Pedro el Cruel, contra la invasión de los portugueses que habían ocupado la atalaya de Goyan.

Un movimiento general de expansiva alegría circuló desde los estudiantes de *minimos* hasta los *bachilleres en decreto*, lo que equivale á decir que recorrió el entusiasmo la escala de las facultades menores y mayores. En los aplicados se echaba de ver el noble y elevado pensamiento de la gloria: en los perezosos se reconocía el egoísta y árido impulso de la vida trashumante. Ninguna *tesis* académica desde Aristóteles á Cousin fué acogida con mayor aceptación ningún argumento *pro academia* recibió un *concedo* mas escolasticamente afirmativo. Ni el mas pequeño é imperceptible *distingo* se abrió paso entre los colegiales de Fonseca y S. Gerónimo. A los *actos académicos* sucederían los puestos avanzados, y los catedráticos en cánones y teología serían los jefes de esta milicia estudiantil.

A la mañana siguiente el bedel de la Universidad fijó en la puertá de los claústros del Estudio, un edicto firmado por el Rector D. Jacinto Boado y Montenegro, en el cual se ordenaba «que se cerrasen las cátedras y que todos los estudiantes que cursaban en esta Universidad, se alistasen debajo de su bandera para que pudiesen ganar el curso haciéndolo así como si á ella cursaran y que los que no lo hicieren, no lo ganasen.»

El armamento escolar de 1663 se extendía á los estudiantes de gramática del Colegio de la Compañía y á los de artes del convento de San Agustín. Los religiosos irlandeses de la misma Compañía habían ofrecido sus colegiales para completar las fuerzas expedicionarias de Santiago.

Había *punto* en las cátedras, y la concesión de una tregua inesperada entre el estudio y la giropa era solemnizada por los estudiantes con un *paseo* por la ciudad. Esta costumbre se remontaba á los tiempos del Estudio viejo. Los catedráticos seguían á larga distancia la comitiva estudiantil, para evitar los proverbiales desórdenes del tricornio, y los discípulos se convenían por medio de una rápida

inteligencia en cambiar la dirección del paseo, ya formando un pelotón que go-teaba estudiantes en una callejuela sin salida, ya esparramándose cada cual por las calles con el azoramiento de una bandada de cuervos sorprendida por una jauría de perros.

Las calles de Santiago se veían ocupadas por una hilera interminable de manteos. Las *facultades mayores y menores* se subordinaban al pensamiento general de *aprovechar la mañana*. Epigramas á los tenderos, livianas galanterías á las damas, silvidos á los postigos entreabiertos, risas á los escribientes, agresiones violentas á la copa de los sombreros de los transeuntes y corrillos en rápida circulación para desvanecer la vista de alguna ama de canónigo ó arquero de ánimas: he aquí la explicación terminante de un *paseo* de estudiantes, sin perder en la cuenta el murmullo áspero y monótono de dos mil piés en lento movimiento sobre un empedrado costanero y desigual.

Las tiendas se cerraban y las celosías de los voladizos se entreabían. A primera vista parecía que los habitantes de la ciudad ocupaban un lazareto: los soportales estaban desocupados y las ventanas permanecían cerradas. Había la *peste* de los *codios* por las calles de Santiago. Los mandaderos de los conventos y los escribientes de la Quintana revolvían por una plaza apartada, para no entregar á mano airada un plato de mantequillas ó una escritura de partijas escrita en letra de protocolo; y las señoras de prolijo manto sobre su piocha mal batida, verdadera piocha de mañana, que se dirigían á la misa mayor de la Catedral, y los caballeros de empolvada coleta y escaso sombrero que se encaminaban á la librería-imprenta de *Antonio Frayz*, exquisita repostería de novedades á mediados del siglo XVIII, visitaban á deshora á su compadre ó á su cirujano, para evitar los epigramas macarrónicos de algunos estudiantes de *medianos*. Era de ver el mohín desagradable que el observador podía sorprender en la fisonomía avinagrada de los vendedores de lienzos y paños, al distinguir la cadena interminable de estudiantes, que rozaban las bayetas de sus manteos en los soportales de la Azabachería.

En esta época las casas de Santiago se aproximaban á medida que subian: el piso segundo era una verdadera cornisa del piso primero. Los voladizos se asemejaban á una especie de artolas domésticas y las habitaciones superiores le daban cierto aire á las boardillas de Madrid. Los vecinos de una calle tenían diversos meridianos, de manera que para las tiendas anocheía á las cinco de la tarde, para los pisos principales á las seis y para los pisos segundos á su hora natural, á las seis y media. Debajo de los soportales se desconocía el crepúsculo. La oscuridad llegaba á guisa de toldo.

El *paseo* de los estudiantes subía del Arco de Palacio á la Azabachería. Desde los valadizos de esta calle angosta y costanera parecía la comitiva estudiantil un hervidero de cabezas. Una sola persona habia salido á la puerta con su gorro de velludo en la cabeza y sus gafas de asta engastadas en su prolongada nariz—era Antonio Frayz, el librero de la Universidad. Una salva de aplausos siguió á su aparición en la calle.

—*Salve bibliopola Frayz.*

—*Scholares incipientes te salutant.*

—*Tirones te salutant.*

—*Togati te salutant.*

Frayz doblaba la cabeza en señal de reconocida correspondencia.

Después de los estudiantes de gramática llegaron los *bachilleres* en cánones y leyes, el librero de la Universidad llevó las manos hácia su gorro, como persona sorprendida por una ráfaga de viento. Los estudiantes de *carrera mayor*, preferían los epigramas á los conceptos rebuscados. El latin ya era poca cosa para ellos.

—Abajo el alquiler de cuadernos.

—Y el empeño de libros.

—Y las copias de preguntas.

—Y los formularios.

—Y los espurgatorios.

—Y los elencos.

—Y los registros en blanco.

Frayz escuchaba sin inmutarse ni volver la cabeza á las acusaciones acaloradas de los estudiantes, las cuales ni aun tenían el mérito de ser pronunciadas en latin breviarista ó ciceroniano, para que

no las comprendiesen los vecinos de la librería.

Entretanto, un componedor de relojes, que se acercaba á las estrellas para buscar el meridiano con mayor comodidad habitando una pequeña boardilla, y un cirujano romancista que no dejaba con vida gato alguno de la vecindad para comprender en su chiribitil la circulación de la sangre, se decían santiguándose con melancólica resignación:

—Vecino, bien he pronosticado ayer el cambio de la luna... tenemos mal tiempo.

—Los cuervos anuncian tempestad.

—Me temo mucho que haya tambien pedrisco...

—Tengo para mi que sí... ayer noche me ha dicho en confianza el vendedor de higas de enfrente con referencia al sacristan de Sta. Maria Salomé que lo habia oido á un mozo de capilla del hospital... ¿oye V. vecino?

—Si... estaba observando la catalina de este reloj... diga, diga V.

—Pues bien: hay malas nuevas de Monterrey...

—Diablo!

—Aquello va de mal en peor.

—Que me dice V.!

—Lo que V. oye.

—Es decir que...

—Ni mas ni menos.

—Oh!... la cosa es grave.

—Y tanto.

—Hoy he de ver á un continuo del colegio y averiguaré la causa de este *paseo*.

—Tal vez sea la llegada de algun mensajero ó la lección de algun colegial. Se acuerda V. del motin habido cuando vino el Sr. Marques de Valparaiso para hacer una leva obligatoria entre los estudiantes?

—Es verdad.

—Estudiaba yo *mínimos*... y me acuerdo como si fuera hoy... Hace veintiun años... Y sin ir más léjos, en el año pasado de 1649 el Rector se vió obligado á cerrar las puertas del estudio por los desórdenes que habia promovido la lectura de un colegial de San Clemente, dentro de la Universidad.

A la sazón la campana del reloj de la

catedral suspendió á los comerciantes en sus cuentas, á los transeuntes de sus negocios, á los escribientes en sus traslados, á las señoras en sus conversaciones y á los artesanos en sus labores. Eran las doce de la mañana: cada cual se descubría, y rezaba á media voz. El relojero y el cirujano se despidieron de una mirada y en lo interior de sus habitaciones escucharon las treinta y tres campanadas de la *María* en conmemoración de los años del Salvador.

Los estudiantes se habían reunido en la plaza del Campo después de *pasear la ciudad*. En esta ocasión aplazaban sus antiguas costumbres para celebrar el armamento organizado por los doctores de la Universidad. La gloria fomentaba en aquellas cabezas cargadas de argumentos *pro parte afirmativa* y *pro parte negativa*. Si por acaso acertase á sonar una mala caja de tambor, marcharían en peloton hacia la *Rocha-vieja*, distinguiendo á los portugueses, cuando menos, en el cerro del *Humilladero*. Entonces valía mucho el corazón.

El armamento escolar anticipaba la estación de *vacaciones* para la tranquila y reposada ciudad de Santiago. La salve del hospital no sería interrumpida; en los pórticos de Sto. Domingo y de la Catedral, no se renovarían los escándalos del día de San Pedro Martir y de las tinieblas de la Semana Santa; las puertas de las casas no presentarían á la madrugada carteles injuriosos, la pedregosa calle del Sequelo no serviría de cita á los *estudiantes menores* para convocar para el lunes á los entretenedores de calzado; el Rector de la Universidad y el Asistente de Santiago no se dirigirían oficios ceremoniosos sobre la inmunidad de jurisdicción; los cepillos de las animas colocados en las puertas de las iglesias no aparecerían reunidos á la madrugada delante de la casa del hermano mayor de la cofradía, y las vigas de las obras públicas no servirían de arietes para llamar á la portería de algún convento ó levantar delante de la casa-cuartel de los seis soldados y un cabo que servían de guarnición á la ciudad, un andamio de viciosa explicación para la buena inteligencia entre militares y estudiantes.

Santiago anticiparía la estación del reposo: el *curso* se suspendía merced á la invasión armada de los portugueses en el territorio de Galicia. Las *parrandas* de los estudiantes que al son de la vihuela cantaban letrillas alegres y decidoras, los corrillos tumultuosos que se resistían á la ronda del Alcalde ó que seguían de lejos al Rector de la Universidad cuando iba de *visita* de posadas y casas de juego y las chanzas provocativas empleadas con los rosarios nocturnos de las cofradías, se interrumpirían durante el armamento escolar capitaneado por el Rector del colegio de Fonseca. Ahora caminarian, sin maliciosas interrupciones, algunas luciérnagas gigantes que se removían trabajosamente por las calles de la ciudad bajo la penumbra de una noche de invierno: eran otros tantos *liyones* del siglo XVII que iban de *tertulia* con su linterna de vidrio cóncavo en las manos. Tal vez hasta el próximo *S. Lucas* volvería al silencio y á la inacción el proverbial y misterioso barrio de *Pitelos*, verdadero *barrio latino* de Santiago el cual enviaba cada mañana á la Universidad por la puerta angosta de Mazarelos, mas filósofos que un congreso de sabios alemanes, mas canonistas que un concilio y mas juristas que una aldea de Galicia.

Los estudiantes de *menores* habían seguido á los de artes y los de artes á los juristas y canonistas. Si el primer pelotón se hubiese encaminado hácia el monte de la Almasiga ó el campo de Santa Susana, arrastraría de la misma manera á una línea interminable de tricornos y manteos. Existía una atracción involuntaria entre los estudiantes, y aunque se ignoraba el lugar y objeto de la reunión, se sabía de cierto que no *había cátedras*, y este hallazgo compensaba el movimiento desordenado de la comitiva de estudiantes.

De pronto se marca un círculo en medio de la plaza: los mas próximos alejan las distancias, los que siguen se ensanchan y los últimos se prensan entre sí. En medio de este oleaje obscuro de manteos, se destaca una figura escualida y macilenta que puede representar á la vez el genio ó la holgazanería. Es el Br. Cordido, que levantando en alto su veleta de paño deshecha por los bordes, se declara

jefe de la milicia universitaria. Un sepulcral silencio sigue á la aparición del Br. Cordido sobre las bordes del antiguo pilón de la fuente. Las miradas de sus compañeros se fijan en su fisonomía, con picaresca malicia. A las miradas siguen las risas. Aun no domina al auditorio.

Recorre entonces con sus ojos maliciosos los cuatro ángulos de la plaza, y en desagravio de la iniciativa poco respetuosa del concurso, vuelve á colocar el tricornio sobre su cabeza y cansado de estar como los naturalistas antiguos entre el agua y la tierra, baja al suelo pronunciando este final académico con voz estentórea: *Dixi*.

Desde Cicerón hasta Mirabeau, el mejor apóstrofe de la elocuencia antigua y moderna no ha merecido una ovación mas espontánea y solemne. Los tricornos al aire y las palmadas reciben en triunfo esta sonora palabra de gusto eminentemente escolástico: el Br. Cordido alcanza dominar la atención irreverente de los estudiantes. Los círculos apiñados de la plaza del Campo vuelven á estender sus líneas, esparciendo los grupos sobrantes por las calles cercanas del Preguntoiro y de la Azabachería.

El paseo de los estudiantes vuelve á recorrer las calles de Santiago y á la mañana siguiente se dirigen al patio de la Universidad para recibir las instrucciones de sus jefes militares.

En el claustro de catedráticos y doctores del 1.º de Noviembre se ordena que cada uno de los estudiantes alistados reciba de alimentos dos reales diarios «por el tiempo preciso—son las palabras textuales del acta—que será un mes poco más» y se nombra al P. Mtro. Fr. Gregorio de Otero, de la orden de Sto. Domingo y Catedrático de prima de teología, confesor de la compañía escolar con el sueldo de un ducado diario. En el claustro anterior se había acordado que se hiciesen para los estudiantes, las cajas de tambores y una bandera con las armas del arzobispo Fonseca.

En el claustro de 7 de Noviembre de 1665, se resuelve por segunda vez el armamento de los estudiantes de Santiago. Auxiliados los portugueses por las

tropas enviadas por Carlos II, que habia vuelto á ocupar el trono de Inglaterra, renuevan las hostilidades contra la frontera de Galicia y se reorganiza la milicia escolar compostelana con esta cláusula explícita y terminante: «que se le pase el curso al que constare haber ido á la compañía y ninguno curse en otra parte con apercibimiento que no se le pasará y de ello se despachen edictos.»

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

AGUDEZAS Y ANÉCDOTAS.

¿Cuál es el colmo de un guasón?

—Tomarle el pelo á un calvo.

¿Y el de un barbero?

—Afeitar un cuadernillo de papel de barba.

¿Y el de un panderetero?

—Tocar la pandereta que está dibujada en la cubierta de esta Revista.

¿Y el de un gastrónomo?

—Comerse *la cena* de la mesa de los Apóstoles que hizo nuestro paisano el señor Sanmartín.

¿Y el de un inventor?

—Discurrir el modo de matar las pulgas á disgustos.

¿A quién debieran formarle expediente de pródigo?

—Al reloj de la catedral de Santiago, porque está *dando cuartos* á todas las horas.

Y á propósito de preguntas: ¿saben ustedes cual es la cosa que menos gracia me haría?

—Pues... ¡Que Vds. no me pagasen, después de haberse suscrito á la GALICIA HUMORÍSTICA!

* * *
EL ECO.

Disputaban no ha mucho tiempo, un gallego y un andaluz acerca de los ecos



que con más ó ménos intensidad repiten la voz humana, hasta que por fin el andaluz, cortando por lo sano, exclamó:—Mire usted; para ecos, los de mi tierra: hay especialmente uno en mi pueblo al cual en una ocasión le pregunté: *¿Eco, como estás?* Y me respondió: *Bien, ¿y tú?*—Eso no vale nada, replicó el gallego con flema, comparado con lo siguiente: Yo soy corresponsal de la GALICIA HUMORÍSTICA (que sea dicho entre paréntesis y salva la modestia, es una Revista muy interesante) y con el objeto de allegar el mayor número posible de suscripciones, preguntete cierto día á un eco famosísimo que existe en un convento de mi país: *Eco: ¿quieres suscribirte á nuestra Revistaaa?*—*¡Siiii!* Contestó con voz de trueno—*Pero hay que hacer el pago adelantadooo*, volví á decirle yo—*Pués allá váaa....*

¡Y dicho y hecho! ¡Me envió el importe de un semestre en piezas de á dos pesetas!

E. L. P.

PENSAMIENTOS.

Un tuerto, es un hombre que mira todas las cosas desde un punto de vista propio.

*

El hombre á quien desprecian todas las mujeres, es un D. Juan Tenorio con el corazón al revés.

*

Los calvos son los melones de los antropófagos.

*

Un hombre ignorante es lo mismo que un hombre sábio con las patas para arriba.

*

Un hombre feo puede ser un remedio eficaz para los padecimientos nerviosos.

*

Una suegra es siempre una mujer de buenos antecedentes, pero de muy malas consecuencias.

*

Una mujer fea nos hace pensar en la muerte.

*

Algunos hombres que llevan sombreros de paja, se los quitan de la boca para cubrirse la cabeza.

*

El matrimonio es una conjunción copulativa, y el divorcio es una conjunción disyuntiva.

*

Un chiquillo impertinente es un ser encantador para sus papás, pero sobremodera molesto para el público.

*

Los filósofos escolásticos son como las escopetas de pistón; muy seguros pero fuera de moda.

*

Todas las mujeres viejas han sido jóvenes y hasta bonitas, pero cuando las contemplo me parece imposible.

*

La mayor inmoralidad de nuestros tiempos estriba en el vicio feísimo de pedir dinero prestado.... y no pagarlo.

M. G. B.

CHARADAS.

I.^a

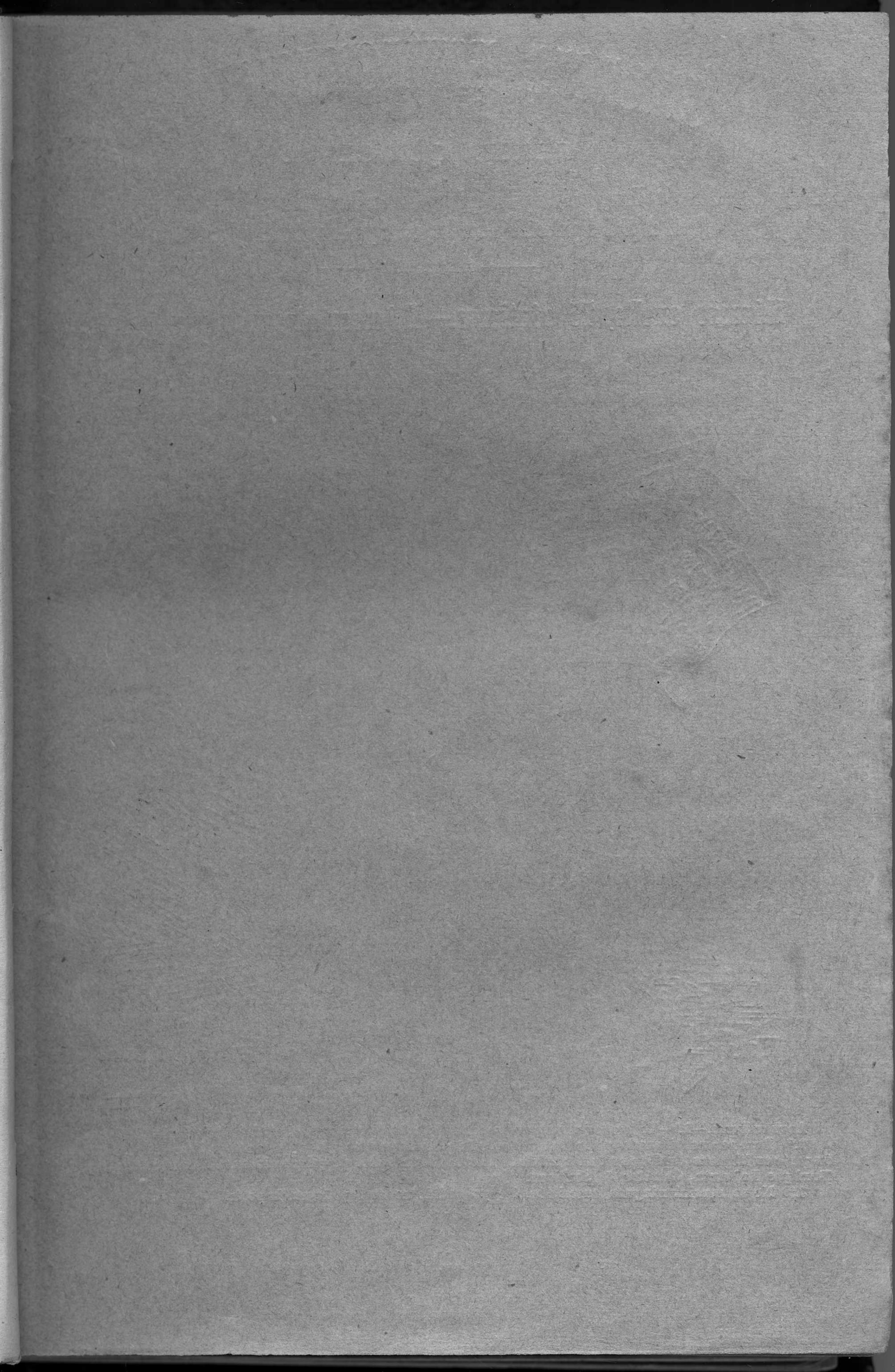
Una letra es mi primera;
¡Mas señores, con perdón,
Que la repita quien quiera!)
Letra es dos: letra es tercera;
Y el todo tres letras son.

2.^a

Prima segunda sería
Ciudad que prima, dos veces,
Si un poco de Ortografía
En la escuela no aprendiese.
Letra es también mi tercera;
Y el todo, el hombre lo tiene.
(¡Aunque casos ya se han visto
También en muchas mujeres!)

Al primero que resuelva estas dos charadas le enviaremos la Revista durante un semestre, siempre que nos remita con la solución... el importe de los seis meses.

Santiago: Imp. de José M. Paredes



GALICIA HUMORISTICA,

REVISTA QUINCENAL

de costumbres, cuentos, agudezas, anécdotas y tipos gallegos--novelas homeopáticas y poesías festivas--ciencias y artes (desde el punto de vista cómico)--acertijos, cantos populares, charadas y geroglíficos.



Número suelto, 75 céntimos.—Número atrasado, una peseta.



- ADVERTENCIAS.—1.^ª—Todo el que se suscriba por más de 50 ejemplares, obtendrá una rebaja del 25 por 100.
2.^ª Para ser considerado como suscriptor, es necesario efectuar el pago anticipadamente, enviando el importe en libranza de Giro mútuo, letra de fácil cobro ó en sellos de quince céntimos á nombre del Director, **Enrique Labarta**, Carretas, 5, Santiago.
3.^ª No se servirá ninguna suscripción, á cuyo pedido no acompañe su importe.